

vida familiar en la mixteca
oaxaqueña

8301

Vida familiar en la mixteca oaxaqueña



José Luis Ramos, coordinador

(8301)

Vida familiar en la mixteca oaxaqueña



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

Instituciones participantes

Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

Rafael Tovar y de Teresa

Instituto Nacional de Antropología e Historia

María Teresa Franco y González Salas

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Alejandro Pinet Plasencia

Dirección General de Culturas Populares

José Iturriaga de la Fuente

Dirección de Acción Regional

José Antonio McGregor Campuzano

Coordinación Nacional del PACMyC

Armando Chacha Antele

Instituto Oaxaqueño de las Culturas

Ildefonso Zorrilla Cuevas

Unidad Regional Huajuapán

Rogelio Tovar Pérez

Coordinación PACMyC Región Mixteca

Eva Hernández Tejeda

Vida familiar en la mixteca oaxaqueña



BIBLIOTECA
CENTRO DE INFORMACION
Y DOCUMENTACION

Dirección General de Culturas Populares

José Luis Ramos, coordinador
México, D.F., 1999



INSTITUTO OAXAQUEÑO
DE LAS CULTURAS

CONACULTA • INAH

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURAS POPULARES
UNIDAD REGIONAL HUASTAPAN
ESCUELA NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

PACMyC-1998

Clasif. _____

Adq. _____

Fecha _____

Preced. _____

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Alejandro Pinet Plasencia

Subdirección de Extensión Académica

Georgina Montalvo Díaz

Departamento de Publicaciones

René Rabell Jara

PIF: La Educación familiar entre los mixtecos de Oaxaca

José Luis Ramos Ramírez

Coordinación general

José Luis Ramos

Apoyo coordinación

Janeth Martínez Martínez

Corrección de estilo

María Paula Noval

Diseño gráfico

Claudia Martínez Ruiz

El cuidado de la edición estuvo a cargo del Departamento de Publicaciones

de la ENAH, Periférico Sur y Zapote s/n, Col. Isidro Fabela,

C.P. 14030, Cuicuilco, D.F.

Cualquier comentario dirigirlo a:

Fax: 56 65 92 28

e-mail: xozeluzr@yahoo.com

Impreso en Comunicación Gráfica y Representaciones P.J., S.A. de C.V.



Agradecimientos

En ocasiones las ideas sólo alcanzan a concretarse con el apoyo y la participación de diversas personas, nuestro caso no escapa a esta fórmula.

En primer término queremos expresar nuestro reconocimiento a la institución a la que pertenecemos, la Escuela Nacional de Antropología e Historia —en nuestra calidad de docente y estudiantes— y a la atención brindada por el director de la Escuela, el antropólogo Alejandro Pinet, que se hizo patente en el trabajo realizado por los integrantes del Departamento de Publicaciones de la ENAH bajo la conducción del Mtro. René Rabell.

En forma paralela destaca el apoyo financiero que recibimos para la presente publicación por parte del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMyC), suscrito entre el Instituto Oaxaqueño de las Culturas y la Dirección General de Culturas Populares, a través de su Unidad Regional de las Mixtecas. En especial queremos agradecer la atención brindada por la Lic. Eva Hernández Tejeda.

Con el deseo no sólo de manifestar nuestra gratitud sino también de ofrecer nuestros respetos, reconocemos expresamente el apoyo y la amistad que nos brindaron las familias y las autoridades municipales de Santiago Apoala, San Miguel Achiutla, Santiago Tilantongo y Pinotepa de Don Luis.



Índice

<i>Agradecimientos</i>	5
<i>Presentación</i>	9
<i>Juan y Ernesto</i> <i>Iliria Hernández Unzueta</i>	13
<i>Un día como cualquier otro en Pinotepa de Don Luis</i> <i>María Eugenia Maldonado Hernández</i>	25
<i>Apéndice</i>	35
<i>Por los caminos de la Mixteca</i> <i>Claudia Mayén Trujillo</i>	41
<i>Apéndice</i>	53
<i>Donde el agua los ve nacer y luego los echa fuera</i> <i>Mariana Avendaño Ortiz</i>	57
<i>Apéndice</i>	71
<i>Santiago Tilantongo, fortaleza mixteca</i> <i>Luz Verónica Reyes Cruz</i>	75
<i>Apéndice</i>	89
<i>Glosario</i>	93



Presentación

Los textos que aquí se presentan surgieron del Proyecto de Investigación Formativa (PIF) "La educación familiar entre los mixtecos de Oaxaca", que he dirigido desde enero de 1998, y culminaron con la distribución de esta publicación. El objetivo central de los PIF —que la ENAH ha desarrollado desde hace más de un lustro— consiste en promover que los alumnos de licenciatura participen directa y activamente en un proceso de investigación con la finalidad de que pongan en práctica las herramientas metodológicas adquiridas durante su carrera.

Es, pues, en este contexto académico en el que se formula nuestro proyecto. Fueron varias las intenciones que dieron origen al proyecto, algunas ya han sido concretadas, otras esperan cobrar forma durante el tiempo que los lectores le dediquen a esta obra.

A la premisa de que la antropología produce conocimientos relativos al sentido que las personas otorgan a sus diversas prácticas sociales en distintos ámbitos como el familiar, el comunitario, el vecinal, el nacional, etc., incluimos la preocupación tradicional de la antropología mexicana por encontrar un vínculo más o menos directo entre los diversos estudios que se realizan y las posibles aplicaciones prácticas que pueden ofrecer. Dicho interés nos condujo a la tarea de encontrar un tema adecuado para ubicarnos en esta perspectiva.

En el ámbito educativo existe una inquietud, que ha sido manifestada por diversos profesionales de la educación, por lograr un mejor desempeño escolar —especialmente entre los niños indígenas— mediante el empleo adecuado de los conocimientos y los sa-

beres infantiles adquiridos y desarrollados al interior de sus familias y pueblos. Esta intención, no obstante, sólo ha quedado en deseo, pues no existen trabajos que permita articular estos dos planos educativos. Una de las razones de ello estriba en la falta de estudios antropológicos que sirvan de apoyo a los educadores.

Por otro lado, partimos del supuesto de que en el espacio familiar se continúan recreando prácticas culturales étnicas, especialmente en las comunidades que cuentan con una historia profunda. A partir de estas consideraciones nos propusimos realizar una etnografía en varias poblaciones mixtecas cuyos asentamientos tuvieron su origen en la época prehispánica.

Las localidades elegidas fueron Santiago Apoala, San Miguel Achiutla, Santiago Tilantongo y Pinotepa de Don Luis, que conforme a la arqueología y a la etnohistoria son reconocidas como lugares importantes dentro de la región mixteca, en tanto que sedes míticas del origen de los mixtecos o grandes centros políticos conocidos como señoríos.

Dos metas se fijaron para la utilización práctica de esta investigación etnográfica: la elaboración de la tesis de licenciatura de cada una de las alumnas y la edición de un texto que permitiera difundir parte de su trabajo en el estado de Oaxaca.

Para llevar a cabo la segunda meta era necesario generar un texto no especializado, un libro que fuera útil tanto para profesores, promotores culturales, técnicos en desarrollo rural como para los propios habitantes de la región, ocupando un lugar especial los estudiantes mixtecos.

La salida al problema la brindó la literatura, conforme a dos bondades básicas: construir textos que no fueran áridos ni aburridos y que al mismo tiempo permitieran plasmar una adecuada aprehensión de la realidad social que interesaba dar a conocer. El carácter literario de los trabajos es diverso, lo mismo aparece como mero apoyo estilístico en algunos, que alcanza la primacía en otros.

Otra ventaja que encontramos en la literatura consistió en la factibilidad de recuperar las miradas subjetivas de los diferentes actores, es decir, la perspectiva interna de los propios habitantes del lugar así como la perspectiva externa de las jóvenes etnólogas. Contrariamente a lo que sucede con otras monografías que pretenden ofrecer una perspectiva objetiva y más cercana a la realidad, esforzándose en controlar el perfil subjetivo, en esta ocasión nuestro interés residió no sólo en evitar este camino, sino en resaltar la óptica subjetiva.

La experiencia personal de cada una de las estudiantes permite adentrarnos poco a poco en la vida de las familias y de las comunidades mixtecas. A través de sus inquietudes, sensaciones y presencia activa empezamos a apreciar los ritmos cotidianos de la vida y la grandiosidad de la naturaleza que envuelve a los pueblos. Ellas nos transportan desde la ciudad hasta las localidades que visitan, para convivir con sus habitantes.

De manera similar, los diálogos constantes entre niños, mujeres y hombres del campo no sólo registran la comunicación entre ellos, también nos hablan directamente de sus anhelos, desesperanzas y alegrías. Nos presentan su cultura tradicional y sus cambios.

Cultura en la que resaltan varios aspectos. En primer término destacan las constantes labores que realizan durante cada uno de los días de la semana: se trata de familias y pueblos que establecen su vida alrededor del trabajo. En segundo término se trata de una actividad colectiva y solidaria, todos y cada uno de los miembros de las familias tienen tareas y responsabilidades que cumplir. El papel de cada participante importa, la división social del trabajo los ocupa a todos y a todas. Aquí alcanzamos a ver cómo entre las faenas y los juegos transcurre la vida infantil, tan cara a los educadores y tan lejos de sus consideraciones curriculares.

Esta acción colectiva se amplía hasta abarcar al pueblo y a su organización social y política y se traduce en el adecuado cumplimiento de los cargos públicos o en la elección de las mejores decisiones para el bien común; permeado todo esto por los intercambios y los apoyos denominados *guezas*.

Responsabilidad y compromiso se fincan sobre los ejes valorativos del respeto y de la solidaridad: la consideración hacia la experiencia de los mayores y el cuidado, a veces un tanto severo, de los santos patronos.

No sin excluir pesares, conflictos y desazones que trae consigo la historia, se afanan por crear respuestas y enfrentar el continuo cambio generado tanto desde el interior de la vida comunitaria como desde la velocidad de los cambios provenientes del exterior. Recrean su historia profunda aceptando los bemoles de la vida moderna y globalizada.

Iliria, María Eugenia, Claudia, Mariana y Verónica ilustran en sus registros etnográfico-literarios la vida contemporánea de los mixtecos, que transcurre durante los días de sol y descansa bajo la luna.

José Luis Ramos



Juan y Ernesto

Iliria Hernández Unzueta



Un día como cualquier otro en Dinotepa de Don Luis

María Eugenia Maldonado Hernández

El calor ya no azota imperdonable. Bajo el pórtico hay algunos hombres que sentados sobre petates ríen y hablan, pende sobre ellos un foco de luz ámbar y débil; al tiempo que hablan van despojando de sus granos a las mazorcas que se encuentran amontonadas a un lado, sus manos morenas, curtidas por el sol y el trabajo, derraman en torrente los dientes de maíz que hacen coro a los grillos cantores, incansables desde la caída de la tarde.

Junto a ellos se encuentra un pequeño cuarto de adobe con techo de tejas, de las paredes cuelgan botes oxidados de los que desbordan abundantes plantas de hojas pequeñas y rechonchas que enmarcan en verdes motivos una puerta de madera; entre las rajaduras de las tablas se puede observar a un par de mujeres muy atareadas palmeando la masa entre sus manos, depositando una a una sobre el comal las tortillas que nacen redondas y blancas; el fuego colorea sus rostros de suaves tonos naranjas, también su ropa está llena de luces que se contonean entre las franjas violetas y azules de los *pozahuancos* que ambas llevan ceñidos a la cintura, largos hasta los tobillos, como es costumbre; cubren sus pechos con un mandil de tiras cruzadas en la espalda. Aunque la más joven procura llevar a cabo su labor impecablemente, ocurre que de vez en cuando su madre le ayuda con alguna tortilla que ha decidido ponerse difícil; a un lado de ellas está a punto de hervir una olla con frijoles para la cena, el caldo espumoso empieza a asomar por la boca de barro en el justo momento en que la madre apacigua el entusiasta hervor con circulares movimientos de su cuchara de madera.

De repente se oyen a lo lejos gritos infantiles, cuatro o cinco niños se aproximan a todo correr llenando a su paso el aire de polvo y gritos. Al principio ni los hombres ni las mujeres hacen mayor caso de ellos, pero como los niños insisten en el alborozo los adultos se detienen un momento y empiezan a mirar; en su carrera los niños arrastran el triste cadáver de una luna caída, al llegar a donde los hombres se encuentran, uno de ellos pregunta con curiosidad:

—¿Dónde la encontraron?

—¡En la barranca de por allá junto a la poza de la primaria!

—¿Y no será de alguien?

—¡No! ¡Qué va a ser de nadie! ¡Si es la misma que yo hice el año pasado!

—¡Ah!, ¿estás bien seguro?

—¡Sí, tío! ¿No ve que es del mismo color azul y blanco? Además no estaba así nomás sobre el piso; este Juan la encontró debajo unas piedras de esas que

sacaron ora que estaban haciendo los hoyos para meter los tubos esos grandotes; ésta es mi luna, la que se me cayó el año pasado.

Los otros niños apoyan la narración de su compañero con aportaciones propias, al mismo tiempo las mujeres salen de la cocina para ver lo que sucede, sus caras —enmarcadas por oscuros cabellos prisioneros en el peinado de cebollita— sonrían al escuchar las explicaciones infantiles:

—Sí, sí, tío, es la que se quedaba bien alto.

—Sí, tío, y no es de nadie porque si no no la hubieran dejado tirada.

—Además, tío, cuando se nos cayó el año pasado estaba como por esas casas.

—Bueno. ¿Y qué, está rota?

—Nada más un poquito, pero mañana cuando regrese de la escuela la voy a pegar bien fuerte para que no se rompa.

—¡Sí! Y también le puedes poner otro pedazo de...

Los niños se alejan y sus planes quedan en algo que por ahora sólo ellos saben, las mujeres vuelven rápidamente a sus labores y los hombres continúan en lo suyo, el hombre joven al que los niños han llamado tío tiene ahora una amplia sonrisa en el rostro, permanece callado por un tiempo y luego comenta con el que se encuentra a su derecha:

—¿Tú crees que la pueda pegar, güey?

—No sé, ¿pero tú crees que sí sea la suya, la misma del año pasado?

—Pues se parece.

Los otros dos hombres que los acompañan se miran y sonrían, ambos son mucho mayores que los dos primeros, ostentan en su cabeza la blancura que otorga el tiempo; fuman con paciencia sus cigarros y miran largamente a los niños que se han sentado bajo el tamarindo que hay frente a la casa. De la plática que se desarrolla bajo el árbol no se pueden escuchar más que frases aisladas que trae el viento de vez en cuando:

—...no porque mi tío dice que si le jalas mucho se rompe...

—...¡no, güey! No la agarres así...

—...¡sí!, luego en la plaza venden...

—...¿voy con ustedes?

Los cuatro hombres se miran y sonrían, uno de los más jóvenes dice:

—A ver si no la dañan más de tanto que la agarran y luego ya no sirve.

Los cuatro lanzan una carcajada y empiezan a levantarse para ir a la cocina en donde las mujeres ya tienen la mesa servida. Al igual que los adultos, los niños saben que ha llegado la hora de cenar y todos se sientan a la mesa en una perfecta sincronía en la que no es necesario decir nada.

Las tortillas desprenden olor a maíz fresco, se pueden sentir calentitas en la mano y generosas en la boca; hombres y niños toman cada uno una suave forma blanca para

después, cortésmente, ayudar a los frijoles a subir a ella. Conduciendo vehículo y contenido a la boca, el plato es consumido con paciencia y elegancia, no hay ninguna prisa, la tortilla recorre el plato casi acariciándolo, ahora tal vez un poco de salsa roja, espesa... con ese olor que llega a la nariz como una invitación que hace salivar dolorosamente los extremos de la quijada. Al final queda un poco en cada plato, apenas lo suficiente para humedecer una tortilla para el buen amigo que espera desde hace ya largo rato mirando a la mesa y a sus ocupantes con emoción visceral mal contenida, que se repliega en un extremo del patio escondiendo la cola entre las patas, que tembloroso y babeante avanza a pequeñísimos y discretos pasos, uno a la vez, disimulando, escondiendo el enorme deseo de llegar lo más pronto posible a esa tortilla que anuncia detener el impetuoso correr de jugos gástricos que empezó con el olor de la primera tortilla que salió del comal. Finalmente el perro recibe su paga por el trabajo del día y se retira agradecido a disfrutarla en un rincón oscuro del patio.

Los comensales han terminado su cena, sólo resta refrescarse la garganta. La gran panza de barro descansa sobre la tierra fresca y húmeda, la madre la toma entre sus manos y vierte parte de su contenido en dos cuencos que obsequia a su prole; el líquido recorre las bocas, atraviesa el esófago hasta llegar al estómago en una oleada que proporciona una enorme sensación de bienestar e instala una expresión de deleite en las caras; las mujeres recogen la mesa mientras miran orgullosas el gesto satisfecho de hombres y niños, evidencia de su exitoso trabajo.

Después de la cena la familia se queda un rato platicando plácidamente junto al televisor que la acompaña y entretiene. En la pantalla hay una catástrofe en progreso, una mujer ha perdido a su pequeña hija —que ha sido raptada por un malévolo personaje desconocido— y se deshace en gritos de desesperación y llanto mientras trata de arrancar sus cabellos inútilmente, hay una pausa y una voz pregunta con tono melodramático:

—¿Qué pasará ahora con la pequeña Aurora?

—¿Volverá María Elena a ver a su hija algún día?

Y mientras los créditos de la telenovela aparecen, la familia comenta la posible identidad del raptor y el giro que puede tomar la historia; poco después cada quien se retira a dormir a su sitio.

El pequeño Juan está dormido sobre el sillón, frente al televisor; junto a él Ernesto sueña con una gran sonrisa en el rostro, pues justo antes de sentarse en el sillón ha ido sigiloso y en secreto a guardar su luna, su hermoso hallazgo, en un lugar oculto e inaccesible para los demás chiquillos. Ahora se sabe seguro de que el tesoro estará a salvo hasta la mañana siguiente en que pueda reconstruir las partes de ese pequeño cuerpo blanquiazul que había sido dado por perdido el año anterior.

II

El escenario es el mismo; una casa con un patio y un tamarindo. El sol empieza a despuntar por el oriente y se oyen los gallos, en todas direcciones empiezan a brotar anuncios de que el día ha comenzado; hoy, sin embargo, le han madrugado al sol y los hombres de la casa hace horas que partieron, aprovechando el último hálito de la noche para emprender su camino hacia el monte en donde la cosecha de maíz aguarda para ser levantada.

Dentro de la casa sólo quedan los niños, que aún duermen, y las mujeres, que antes de que sus trabajadores compañeros iniciaran la jornada pusieron el almuerzo dentro de sus morrales y ahora otra vez palmean la blanquísima masa, pues los niños necesitan desayunar antes de irse a la escuela.

Junto al fogón, esta mañana rondan pequeños bultitos esponjosos y amarillos que pían en reclamo de un poco de comida, el olor a café llena la cocina y poco a poco va despertando a los niños, la madre ayuda a los más pequeños con su ropa. Juan y Ernesto ya pueden vestirse solos desde hace mucho tiempo; antes de sentarse a la mesa toman la pala, recogen lo que los caballos han tenido a bien dejar en el patio durante la noche y junto con la demás basura de la casa sobre la carretilla se dirigen a la barranca. Desde la puerta de la casa la madre puede verlos alejarse, el mayor guía la carretilla entre las piedras del camino terregoso, ambos van con el torso desnudo, decisión inteligente en medio de este aire denso y caluroso, sus pasos, cortos debido a su estatura, son muy similares a los de los hombres mayores de la casa; sin prisa, pero sin pausa, seguros, con la cabeza erguida, orgullosos como quien está seguro de su importancia en el universo:

—¿'Onde pusiste la luna?

—¡Oh! Y a ti qué te importa, güey.

—Sí me importa porque yo la encontré, güey.

—Pero es mía, además tú ni sabes cómo arreglarla.

—Tú tampoco.

—Sí sé, mi tío me enseñó.

—¡Ah, pus entonces no te ayudo, güey!

—Pus no me ayudes.

Al llegar a la barranca los niños arrojan su carga, la basura que cae toma lugar y residencia sobre algún desperdicio que detiene su caída, poca es la que llega hasta el fondo. Los niños contemplan curiosos la loca carrera entre los despojos y luego regresan, apremiados por el estómago que ya pide el café y el pan matutinos.

Después del desayuno los tres niños más pequeños son llevados a la escuela por su madre, Juan y Ernesto lucen ya sus pantalones y camisas limpias, con responsable ademán toman sus mochilas y calzan sus huaraches para emprender el camino a la escuela.

La mujer más joven queda solamente con las gallinas y los pollos, limpia la mesa y lentamente prepara sus cubetas: el jabón, el botecito azul de clarasol, cuatro limones, el cepillo para las manchas rebeldes, un lazo, sí, parece que todo está dispuesto. De la silla que hay en el pórtico toma una manta blanca con la que cubre sus hombros, recarga la cubeta más grande en su cadera y la otra en su mano libre; ya está lista y empieza a caminar.

El recorrido está lleno de las refrescantes sombras que hacen los árboles y los arbustos que viven a los lados del sendero, la tierra fina va pintando sus pies de color ocre, resbalándose entre los dedos y abrazándose a los tobillos, ella sigue despreocupada su camino hasta llegar a la poza. Afortunadamente entre la larga fila de lavaderos hay un lugar, hoy es uno de los días más concurridos de la semana porque a este barrio no le corresponde el turno de recibir agua entubada, así que una gran parte de las mujeres ha venido a lavar su ropa o sus trastes al generoso manantial natural que no tiene restricciones ni turnos:

—Buenos días.

—Buenos días, ¿y su mamá?

—Hoy fue a dejar a los niños a la escuela y después va a ir con mi tío.

—¿Y ya se siente bien de sus piernas?

—Un poco mejor, pero todavía le duelen a veces.

—Por qué no le dices que vaya a ver a mi comadre Julia, ella de por sí cura bien y a lo mejor le puede decir que se tome alguna yerba.

—O a lo mejor lo que necesita es que la limpien, pudo haber agarrado un mal aire, ya ves que nunca falta.

—Por eso tú cuidate muchacha, ponte tu collar rojo siempre porque con lo bonita que te estás poniendo no va a faltar quien te eche el ojo y luego eso hace daño; sí, mi niña, no me vea así porque usted ya no está para piedritas de águila, eso es para los bebés y usted se nos ha crecido muy rápido.

Las mujeres que están oyendo se ríen del rubor de la muchacha, que no se esperaba el consejo, y siguen en su espumosa labor mientras hablan; su conversación será tan larga como la cantidad de ropa que llevan dentro de sus cubetas. Este lugar entre árboles es donde se propagan muchas noticias y se dan consejos, es el lugar donde al tiempo que caen los chorros de agua limpia y agua sucia se puede escuchar claramente el bullir de la vida de las personas del pueblo.

III

Son cerca de las doce, el sol mira desde lo alto a sus hijos; cuatro de ellos han decidido tomar un descanso en este momento en que los rayos latigean sin piedad sus espaldas

desnudas. En medio de este campo en donde todo es maíz hay pocos lugares para refugiarse del calor, los cuatro hombres que hoy salieron de su casa antes del amanecer están sentados bajo el único árbol en muchos metros a la redonda, la necesidad de sembrar para poder tener el maíz suficiente ha ido poco a poco dejando pelón el monte.

Del morral sacan las provisiones que calmarán su hambre hasta la hora de la cena; toda la mañana han recogido las mazorcas, que ahora ya están a salvo de los ladrones, en costales, listas para ser llevadas por las bestias. El siguiente trabajo será desgranarlas una por una para guardar únicamente el grano; ahora sólo resta asegurar los costales y proporcionar comida y bebida a los animales que quedan en el encierro. Después podrán regresar a casa, cuando el sol empiece a bajar la vista para llegar antes de que caiga la noche, pues el camino por el monte a obscuras no es seguro. Es muy probable que el escalofrío recorra la piel del más valiente al sentir el olor del tabaco o del chivo, seguros indicadores de que el diablo anda cerca. Se cuenta entre las personas del pueblo que este mal ser se lleva a las personas y ya nunca regresan, y por si esto no fuera suficiente razón, también puede salir algún vivo con malas intenciones, así que lo mejor es regresar al hogar antes de que se acabe la luz del sol.

Mientras tanto, en el techo de la casa del tamarindo la pequeña luna espera pacientemente el regreso de su amigo, quien se va a encargar de volver a ponerla en el cielo. Ernesto y Juan han pasado un día inquieto en la escuela, pero la chicharra de la dirección avisa que ha llegado el tiempo del almuerzo. Ambos tienen el mismo tema en el pensamiento:



Foto: Iliria Hernández Unzueta



—¿Dónde habrá puesto Ernesto la luna?

—Este Juan va a querer ir a buscar la luna, mejor en la tarde la escondo en otro lado.

Pero ninguno de los dos puede resistir el reto que les hacen sus demás compañeros a jugar trompo, así que a pesar de su aparente preocupación por la luna empiezan un breve torneo que otorgará prestigio y grandeza al ganador, una veintena de niños se enfrascan en el juego:

—Voy yo.

—¡Sssh! Ya *comiste seco*, güey.

—No, no le des tan fuerte porque no le vas a atinar...te dije, güey.

—¡Hijo! Ya te dieron.

Y durante este tiempo ni Juan ni Ernesto piensan más en su amiga, que aguarda sobre las tejas mientras el suave viento la acaricia invitándola a subir en su lomo y regresar a los cielos.

IV

La madre pasa frente al edificio municipal, saluda respetuosamente al grupo de hombres que ahí se encuentra, ellos responden al saludo y la mujer sigue su curso hacia la oficina del telégrafo, en donde la espera el dinero que su hijo ausente le manda sin falta. Es un compromiso sobreentendido con los hermanos más pequeños, que “deben ir a la escuela”, y con los padres, que nunca abandonarán este suelo que los vio crecer: es aquí en donde han echado sus raíces y no es posible desarraigar algo tan profundo.

Antes de llegar a casa con el dinero en las manos, la madre pasa al mercado por algunas provisiones para la cena. Sabe que hoy ha sido un día duro en el monte y su cara se ilumina al pensar en lo bien que a los fatigados trabajadores les caerían unos tamales de *tichindas* por la noche. En la esquina del mercado, sobre la banqueta, hay una mujer con dos costales blancos, muchas mujeres a su alrededor escogen la mercancía y revisan detenidamente las pequeñas conchas café:

—Las agarró mi hijo apenas hoy en la mañana.

—¿Y las agarró él solo?

—¡Sí! Se fue bien temprano, todavía estaba alta la luna.

—Qué bueno, a ver pues, deme éstas...

Después de la compra nuestra amiga apresura el paso, sabe que falta poco para que los niños pequeños regresen de la escuela y en la casa todavía hay mucho quehacer.

Suena la chicharra, esta vez para indicar que el día y la semana de clases han terminado. ¡Por fin el glorioso viernes! Un grito de alegría surge de los salones y los niños

salen hacia el patio correteando entre los pasillos, en donde se dispersan en diferentes juegos. Ernesto y Juan saben que deben regresar a casa pronto porque la luna espera. Al llegar ya estarán ahí los más pequeños y no será fácil escapar de ellos para poder repararla, y tampoco parece muy sencillo huir de los quehaceres que les están reservados.

Primero hay que ir a la poza. Los dos pequeños van hacia allá con el torso bien erguido, saben lo importante y necesaria que es su ayuda para la hermana que ha estado lavando desde temprano la ropa de la familia; al llegar toman las cubetas con la ropa limpia y mojada, el peso se ha duplicado con el agua pero ahora son seis manos en vez de dos y todas resultan muy fuertes y experimentadas en este trabajo. La joven observa orgullosa a los niños, sus largos cabellos húmedos se le deslizan por el cuello, caminan sin hablar mucho pero de vez en cuando ella los apresura haciéndoles cosquillas; al llegar con la madre los tres reciben nuevas tareas que realizan mientras ella tiende la ropa.

La joven toma una pequeña cubeta azul y se dirige hacia el molino en el que su nixtamal, a cambio de algunos centavos, será reducido a masa de la que saldrán los tamales y las tortillas.

Juan limpia una a una las pequeñas conchitas que guardan dentro el trocito de carne que hará tan especiales los tamales de la cena.

Ernesto corre a casa de su tía Rosa para pedirle unas hojas de plátano para hacer los tamales, cuando regresa habla discretamente con Juan y planean juntos la escapatoria para poder trabajar sobre la luna y hacerla regresar al cielo hoy mismo, sin que los más pequeños entorpezcan la maniobra.

Entre la madre y la joven las tortillas están rápido y los apetitos infantiles son tranquilizados con eficiencia, ahora es cuando el plan de escapatoria entra en acción. Ernesto ha decidido hacer una alianza temporal con Juan, sin él la reparación resultaría más lenta, además de que la escapatoria sería prácticamente imposible, pues Juan no es tan pequeño como los otros. Así que maestro y nuevo ayudante aprovechan un momento en que la madre se aleja para susurrarle al oído el lugar en donde estarán en caso de ser necesarios, luego empiezan a alejarse muy despacio de la casa, casi de puntillas para que no los oigan. Ernesto irá por la luna mientras Juan se escabulle y ambos se encontrarán en el cuarto en donde se guarda el maíz ya desgranado, si no hacen ruido los más pequeños nunca sospecharán que el escondite está tan cerca.

Juan sale y entra del cuarto continuamente, una vez trayendo una cosa y otra vez otra, comportándose como un excelente ayudante. Conforme Ernesto avanza en la reparación Juan va guardando en su cabeza el procedimiento, seguro de que en un futuro muy próximo va a ser capaz de reproducirlo y tal vez hasta de innovarlo con algunas ideas propias.

V

En la cocina la olla con los tamales ya comienza a desprender un delicioso aroma, el sol ha empezado a bajar la mirada y el viento sopla ligeramente, refrescando el sudor que cubre los cuerpos de los cuatro hombres que esta noche tendrán la fortuna de cenar tamales en la casa del tamarindo. Los caballos y los burros vienen muy cargados esta tarde y avanzan lentísimo por el estrecho sendero que conduce al camino del pueblo.

El más viejo del cuarteto de hombres se adelanta, pues hoy tiene un compromiso en el ayuntamiento, el perro, que saliera con ellos desde temprano, también decide que es hora de retirarse y acompaña al hombre hasta su casa, en donde aquél se bañará y vestirá de una manera adecuada para la ocasión.

El hombre amarra su caballo al tamarindo mucho tiempo antes de que los otros lo hagan y después de refrescarse dirige sus pasos hacia el ayuntamiento, en donde ya empiezan a reunirse otros hombres que, como él, visten de un blanco completamente deslumbrante. Todos son hombres mayores que a través del tiempo se han ganado el respeto del pueblo cumpliendo de una manera correcta sus compromisos: haciéndose cargo de que las fiestas tradicionales se lleven a cabo como deben ser, tomando bajo su responsabilidad puestos importantes para el funcionamiento y la armonía del pueblo. Estos hombres son los más versados en las cuestiones que atañen a la comunidad, se han ganado la confianza de las personas a través de su esfuerzo y dedicación, tienen una voz y un voto importante en las decisiones comunitarias.

Es de esta forma que se conserva la sabiduría y la experiencia de la vida en el pueblo, son ellos, los mayores, quienes con su ejemplo enseñan a los más jóvenes cómo pensar y actuar para el beneficio común. Estos hombres permanecerán aquí hasta entrada la noche, cuando por fin hayan tomado la mejor decisión para su gente.

Los tres hombres descargan de sus burros los costales de maíz, que van colocando en el pórtico. Juan y Ernesto salen a ayudarlos, ellos también han terminado su labor, la luna está en excelentes condiciones y lista para emprender el vuelo. Los tres hombres se sientan en el pórtico y descansan un poco, pero los picantes y molestos recordatorios que les ha dejado el monte en la piel les dicen punzantes que lo mejor es tomar un baño pronto o los *vivis* que lograron adherirse a sus cuerpos durante el transcurso del día van a seguir alimentándose con su sangre. Ni tardos ni perezosos van a asearse, urgidos por la comezón, dándoles el tiempo suficiente a las mujeres para terminar de hacer las tortillas y la salsa, por si acaso la que trae adentro el tamal no fuera suficiente.

Los tamales de hoy son un éxito absoluto, las caras de hombres y niños chupando con fruición e insistencia las conchitas, arrancando con la lengua hasta el mínimo pedazo de salsa o de molusco que pudiera esconderse entre las rugosas formas de las conchas

llenen de satisfacción los ojos de las mujeres, quienes a su vez disfrutan doblemente al sentir los dulces efectos de su trabajo sobre ellas mismas y sobre los demás; todos están muy sonrientes después del banquete, nada mejor que un estómago deliciosamente satisfecho. El miembro más viejo aún no ha regresado del municipio y mientras lo espera, la familia empieza a desgranar el maíz al igual que la noche anterior.

Ernesto y Juan salen al patio, en donde sopla un hermoso y tibio viento y ahí, alentados por los desgranadores y seguidos por los bulliciosos chiquitos, corren con la luna entre las manos. Al principio la luna, un poco asustada por la última experiencia en la que terminó caída y perdida, se niega a levantar el vuelo, pero poquito a poquito se anima, y en el mismo momento en que su hermana se asoma al firmamento, ella decide subir a hacerle compañía.

Por el camino un hombre cano va acercándose al viejo árbol de tamarindo, es el *tatamandon* de la casa que regresa después de haber cumplido su compromiso. Desde lo lejos ha visto la luna que los niños levantaron y ahora con cada paso puede aspirar mejor el olor de los tamales que lo aguardan calientitos junto al fogón y a las tortillas. Los más pequeños corren a su encuentro, ansiosos de contarle el éxito de la luna, él los escucha paciente mientras se acerca a Ernesto y a Juan y cuando está justo a sus espaldas les dice:

—Entonces, ¿sí se pudo componer?

—Sí.

—¿Con qué hilo la están agarrando?

—Con el que vende el herrero.

—¿Y crees que resista?

—Sí, yo creo sí.

—Agárrala bien fuerte pues, porque le pueden dar ganas de irse otra vez con las estrellas. ¿Están buenos los tamales?

—¡Sí, muchísimo!

El hombre deja a los niños y sigue hacia la cocina en donde ya lo espera su cena sobre la mesa, el hambre lo urge pero hoy ha preferido disfrutar con mucha calma cada bocado mientras mira por la ventana a los niños, entre ellos a Ernesto y a Juan, que sostienen con sus pequeñas manos el cordón que los une al cielo mediante su luna de papel. Al ver las dos lunas en la misma noche el viejo sonríe y se dice a sí mismo: nunca se ha visto todo.

Iiria Hernández Unzueta

Un día como cualquier otro en Pinotepa de Don Luis

j Por fin ha llegado el gran día del desfile! Fermín está listo desde temprano, la ilusión de pasear por las calles principales montado en el caballo de tío Alejandro se refleja en sus ojos brillantes. Hoy ha sido el primero en despertar, su hermano Javier le dice que apenas son las seis, que duerma un poco más; lo intenta en vano, los cosquilleos lo invaden y decide acercarse a la cocina en donde mamá ya prepara el café.

Después del desayuno, ante la presión de Fermín, todos en la casa se arreglan: primero un baño con la poca agua de la pila; después la señora desenreda delicadamente su cabello largo y negro, con las manos mojadas logra acomodarlo y peinarlo de cebollita; el señor se rasura el bigote cuidadosamente con la filosa navaja de su hijo mayor; ahora ciertos toques de vanidad y por último una mirada al espejo.

La ilusión del menor de los hijos es tan grande que todos se contagian de la alegría y al mismo tiempo del nerviosismo que provoca el acto. Isaac lo comprende perfectamente, pues recuerda con gozo el año en que salió de la prepa, cuando bailó el zopilote y otras piezas, algunas acompañadas de la banda juvenil: cada día se ensayaba antes de entrar a clases, a veces en el salón social, otras en el campo de fútbol; pero de aquello ya pasaron algunos años y ahora les toca a sus hermanos disfrutar de esas experiencias.

Gracias al esfuerzo de cada miembro de la familia, Fermín ya viste como todo un revolucionario mexicano, con bigotes y sombrero: Isaac compró la camisa en el mercado de Pinotepa Nacional; Javier le prestó un par de botas que ya le apretaban un poco; papá pidió a un compadre que hiciera un rifle de madera y mamá preparó todo para que el pequeño se viera bien. Desde el día anterior planchó la ropa de todos, no se les fuera a hacer tarde por la mañana; fueron el algodón y el calzón de su esposo los que le tomaron más tiempo.

Una vez listos salen hacia el punto de encuentro, el Palacio Municipal. Todos menos Isaac, quien desesperado busca algo; revisa en el corral de las aves, en el cuartito en donde se almacena el maíz, en el patio, pero no encuentra nada. Poco después, con pendiente, corre para alcanzar a sus papás, que ya van adelantados.

Parece que hoy casi nadie fue al monte, en la calle mucha gente se dirige hacia el centro, todos visten con una limpieza refrescante:

—*Nakumi chindoo*, compadritos.

—*Nakumi chindoo*—, les responden con la acostumbrada sonrisa que los acompaña.

Las mujeres lucen la belleza de sus *pozahuancos* con líneas verticales en tonos morados rodeados por una faja de la que sobresalen el rojo y el amarillo de las figuras

bordadas, llevan un manto para cubrir del sol la espalda desnuda. Los señores visten con una blanchura impecable que deslumbra desde lejos y que resalta su piel morena y brillante.

En la plaza una fila inmensa de estudiantes aguarda acompañada de banderines y mechudos, el sol la mira fuerte desde arriba y ni una nube pasajera se asoma. Bajo el árbol, en primera fila y tratando de atajarse un poco el calor, el grupo de mamás se reúne esperando distinguir a sus pequeños entre la multitud. La plática no se hace esperar, las mujeres hablan en mixteco y ríen sin disimulo interrumpiendo su charla sólo para saludar a algún vecino que se acerca mientras los nenes que aún no van a la escuela corretean por ahí. La cancha de básquet que está a espaldas de la iglesia se ve diferente, hoy no hay pelotas rebotando como todos los días, en cambio se alarga otra gran hilera de participantes.

Al tiempo que papá y Javier buscan una buena sombra para mirar el desfile, Isaac piensa en dónde pudo haber dejado el machete; tal vez en el encierro o quizá sus hermanos lo agarraron para hacer alguna travesura.

Por fin, como a las nueve se escucha una voz desde unas bocinas que se encuentran en la presidencia municipal: pueden comenzar. Dos escoltas sobresalen, la de los señores *tatamandones*, quienes orgullosamente son los más respetados del pueblo, y la encabezada por el presidente municipal y por su esposa, quien es la presidenta del DIF; también los acompañan el señor de correos, el comisariado ejidal y algunos representantes de la asociación ganadera.

Los alumnos de la escuela bilingüe en la que estudia Fermín avanzan encabezados por la escolta de los *tatamandones*; conforme van pasando, el sonido de las bocinas anuncia a cada una de las cuatro primarias; les siguen los de preescolar, que son los más graciosos porque parecen borreguitos siguiendo a su pastor. Más lejos, por allá, se ve a Maciel, la sonriente niña que vende dulces de panela los sábados y a veces los domingos; su escuela —la secundaria que está algo lejos, a la entrada del pueblo—, es acompañada por un grupo de astutos acróbatas que realizan grandes pirámides humanas. Por último desfilan los preparatorianos haciendo gala de su grandeza, al menos en edad, entre los estudiantes del pueblo.

A lo largo del desfile y en algunas esquinas hay espectadores que aplauden o que simplemente admiran a cada contingente, que se distingue por los alegres colores de sus pantaloncillos; al frente de cada uno se encuentran los maestros, quienes indican con un silbato los movimientos a realizar. Todo ha sido planeado y preparado para seguir un orden especial, sin embargo al final éste se ve amedrentado por el intenso calor y por los apremiantes deseos de terminar; las ropas ya no son lo mismo que al principio, como que ahora están de más.

Después de aproximadamente dos horas de recorrido por las calles del municipio —alrededor de los tres barrios para no dejar a ninguno fuera—, el desfile por fin termina. Como recompensa para los sudorosos participantes, así como para todos los observadores que siguen el recorrido, junto al atrio de la iglesia los espera un gran número de señoras que vende *bolis*, aguas de sabores, refrescos, tamales de *chipile*, chicharrones, memelitas, enchiladas, dulces, en fin, todo lo que a uno se le pueda antojar. Rápidamente, conforme van llegando los niños de las escuelas, las señoras se ven invadidas por los sedientos y hasta hambrientos compradores. Los niños se dan vuelo y acaban con los cinco o hasta los ocho pesos que les dio mamá...

Frente a la iglesia, en el jardín, se convive con compadres y familiares por un rato; las palabras vuelven a tomar consistencia al tiempo que se van refrescando los paladares, pues el pesado bochorno es tan sofocante que hasta los enunciados se arrastran. Parece que un grave problema perturba a Isaac. Con la mirada recorre el pavimento sin prestar atención a lo que sucede a su alrededor, a ratos opina o responde a alguna pregunta pero no se podría decir que participa en la charla.

La ilusión del traje de revolucionario ya pasó, ahora es momento de sosegar por un rato y de olvidar el sombrero y el rifle por ahí, será mejor ir a dar la vuelta con los compañeros...a lo lejos se escucha un burlote:

—¡Rápido, que alguien llame al médico!—. Fermín y Javier se colocan en primera fila para ver qué es lo que pasa.

—Ya viste, güey, ¡se rajó la cabeza!

Algo sucede cerca del mercado, un niño corre hasta la clínica pero es inútil, nadie abre, el doctor salió y las enfermeras tampoco están. Un enorme grupo se junta alrededor del herido, una señora opina que lo lleven con don Jacinto para que lo cure, otra sugiere que le echen azul: con ese se curan hasta los potros. Deciden llevarlo a su casa, es que el muchacho no pisó bien y se cayó desde lo alto de los hombros de sus compañeros. De repente se escucha una voz que interrumpe la función:

—¡Fermín, Javier, vámonos ya!

—No, ma', todavía no.

—¡Que se vengán ya les digo!

II

Después de descansar en la plaza y de pasar un rato a la iglesia es hora de regresar; poco a poco la gente se retira, las calles van quedando llenas de basura y con algunos jóvenes.

Al llegar a casa es momento de volver a la normalidad, fuera botas, los huaraches son mejores, fuera playera, como que sólo estorba con este pegajoso sudor; el cuarto de

adobe y techo de teja es verdaderamente refrescante, parece que al entrar el sol se aísla por completo. No hay nada como sentir en la piel el terroso piso que conserva la humedad; mientras se ponen cómodos comentan extensamente y con detalle el accidente de Aurelio, el joven que se cayó.

Una vez más Isaac pregunta a los niños sobre el paradero de su esencial herramienta, tal vez la utilizaron y la pusieron en otro lugar o a lo mejor la escondieron para jugar, pero es inútil, nadie sabe donde está:

—Buenas tardes, se oye en la entrada, cerca del tronco al que se amarran los animales.

El visitante es un hombre de baja estatura que también viste algodón y va acompañado de un bastón. Don Gabriel se aparta de la reunión familiar, le acerca una silla y lo invita a tomar asiento. Rápidamente se ponen de acuerdo, luego avisa a su mujer que va a salir...

Como siempre, para amenizar el trabajo casero Isaac enciende el radio, planea alimentar a los animales y limpiar a su alrededor. Se escucha música de *tejorones*, Fermín, como de rayo, se acerca y pañuelo en mano hace una espléndida demostración de esta danza, parece que la música lo domina, movimientos por aquí, brazos y pies por allá. Todos ríen menos Isaac, que como buen hermano mayor jala las riendas del menor:

—¡Ya estáte quieto, pues! Todavía falta pa'l carnaval. Mejor ayúdale a Javier a limpiar esos gallos.

Pero para él no hay nada más placentero que bailar; sigue concentrado en su labor acompañándose del chin chin y de su voz. Para su desgracia la pieza termina pronto: “muy buenas tardes a todos, esperamos que disfruten este bello día; esta es la voz de la costa transmitiendo desde Jamiltepec. Siga escuchándonos. Aquí un saludo para Felipe Pérez, de Susana Hernández”.

Isaac prefiere poner una cinta con música de banda, así que Fermín se conforma con ir por sus canicas y jugar una partida con Javier.

Doña Margarita ya prepara un delicioso caldo de pollo con arroz, sazonado con esas grandes hojas de hierba santa que tiene en el patio de atrás y que despiden un olor exquisito. En una esquina prende un pequeño fogón, hay algo más en las brasas que despide un dulce aroma a panela; en efecto, en la olla negra de barro hierve una calabaza, es la que don Gabriel trajo ayer del monte, tal vez pronto esté lista. Sombra, moviendo la cola de lado a lado, mira a la señora desde abajo, como sugiriéndole que le convide, ella se desentiende.

Con un grito hace aparecer a Javier de inmediato; lo manda a comprar un queso de nueve pesos con la niña que se pone a la entrada del mercado, a un lado del muchacho que vende cassettes. Javier tranquilamente se pone una playera para cubrirse un poco del sol y se va acompañado por Sombra. A Fermín le toca subir al árbol para bajar guajes

que acompañarán a los frijoles recién hervidos; se ayuda de una larga vara para alcanzar los de hasta arriba, que están más tiernos.

La señora sale rápidamente, cubeta en cintura, hacia el molino. Se encuentra con doña Inés y con doña Marta, con quienes conversa brevemente; la fila es larga y la espera corta, pues con gran velocidad las mujeres vacían su cubeta en el molino, una tras otra, sin dejar que pase mucho tiempo para aprovechar al máximo el nixtamal e impedir que la masa se quede en la máquina. Al regresar doña Margarita repasa la masa en el metate. Mientras que unas tortillas blancas y perfectamente circulares se cuecen sobre el oscuro comal, conversa serenamente con su marido, quien ya lleva un largo rato en casa. Él la pone al tanto de lo que sucedió en la reunión:

—El compadre Pedro será el mayordomo de San Sebastián. Ya que es una de las festividades más importantes del año, se van a matar más de tres animales para preparar el *cabío* y se comprarán los toritos o el castillo en Jicayan o San Juan. Seguro el compadre Julio traerá harta harina y se hablará con don Aaron para ver lo del aguardiente, al fin él tiene la fábrica. Y habrá que ver quién va a traer las hojas para armar la enramada. Esta fiesta sí que va a ser en grande, llena de puestos, vendedores y juegos, y sobre todo de harta gente y música, que no pueden faltar. Dicen que para el baile va a venir un grupo de Tlacamama y otro de Pinotepa Nacional, así que los muchachos tendrán pa' bailar chilena tras chilena toda la noche.

Ella escucha atentamente al mismo tiempo que piensa en que pronto irá a echar las tortillas y a preparar el café para darles de comer a todos los que organizarán la festividad. Las gotas escurren por su cara y se acerca el mandil con el que las seca, quién sabe si será sudor el que escurre debido al calor de las brasas o lágrimas de emoción por pensar en que pronto vendrán sus hijos, los que están en la capital. Seguramente habrá feria, como cada año, y le comprarán algún comal nuevo o tal vez un petate. Ya hasta escucha los violines y la caja del fandango que habrá de sonar...de repente los interrumpe una suave voz: "¿va a querer pan?"

La señora entra en el cuarto por el traste del pan y compra unas ocho piezas calientitas, recién salidas del horno. Con la canasta en la cabeza la niña prosigue su camino hacia la plaza, en donde vende el pan; se va viendo hacia el piso, con una sonrisa tímida ante la mirada indiscreta y obvia de Fermín, quien es sorprendido por Javier:

—¡Fermín ya tiene novia!

—No es cierto, es tuya.

—No, yo no tengo.

De inmediato salen corriendo hacia el recipiente en busca de un succulento bocado, olvidándose de la pequeña, que se marcha apresuradamente, pero doña Margarita los

sorprende y les niega la oportunidad de probarlo ya que, dice, se pueden empachar, pues todavía está caliente.

En fin, se lavan las manos y se sientan a la mesa, la comida está lista y una refrescante agua de limón acompaña los platillos.

Isaac planea junto con su padre las medidas a tomar para encontrar el machete; deciden ir a casa de doña Estela, dueña del altavoz, para poner un aviso diciendo que se recompensará a quien lo devuelva.

Los niños terminan el guiso, parece que tienen prisa; se dirigen hacia el patio trasero en donde un árbol de lima deja caer algunos frutos ante el zarandeo de los pequeños:

—No papá, ahorita no es hora de comer lima.

—¿Por qué no má?, queremos una.

—No, porque ya es tarde y es muy fría, les vaya a hacer daño.

Resignados ante la decisión de mamá, se ven obligados a comer de postre un poco de dulce de papaya que sobró de la ofrenda de Día de Muertos.

—Lástima que ya no hay *chicatanas* ni pan, se dice Javier mientras mira a Sombra y le reclama por no haber atrapado ni una iguana en lo que va del año.

III

Después de lavar los trastes y de limpiar la mesa, la señora se sienta en el corredor para tomar por unos minutos el fresco de la tarde; trae la bolsa con hilos y remienda unas camisas mientras su esposo baja los chiles que desde la mañana puso a secar en el techo.

Isaac, apresurado, ensilla el caballo y con su acostumbrada camisa a cuadros y gorra azul se va rumbo al monte. Por el camino observa —recortado en un pintoresco cielo azul— el piadoso cerro del Bule, que día a día los premia mandando agua para toda la región. Inmensos sembradíos de maíz lo rodean, acompañados por un plácido concierto de reces que mugen. A lo largo del recorrido atraviesa riachuelos, que son parte del río de la Arena, y se cruza con algunos paisanos que ya van de regreso. De repente se detiene ante un gran árbol derribado:

—¿Te recuerdas cómo nos azotó? Ni tú que eras una ceiba lo pudiste aguantar. Fue aquí donde los agarró, inocentes criaturas que ahora hasta huérfanos quedaron. Nada pudimos hacer en contra de ese huracán Paulina, se llevó puentes, árboles, casas, hasta una familia. Sólo de pensarlo me acuerdo del miedo que sentimos esa vez, ¡cómo se movían los árboles, cómo se oía!, ¡parecía que el cielo se iba a caer! Mejor me doy prisa, no sea que la noche se vaya a adelantar.



Foto: Ma. Eugenia Maldonado Hernández

Al llegar a su encierro Isaac recoge la pastura necesaria para alimentar al animal, lo carga con leña que dejó cortada desde el día anterior y da un vistazo alrededor; pero sin su machete nada es igual, el de papá no es tan filoso y ancho como el de él, además ya se había acostumbrado al suyo. Desesperado, busca entre las hierbas y pastizales sin triunfo alguno, así que decide irse a casa. Cerca del pozo se encuentra con Ramón, el profesor de una de las agencias municipales:

—¿Qué pasó? ¿A dónde vas?

—Ya de regreso, ¿y tú?

—Aquí nomás, voy al centro. Mañana vamos ir a una arriada a ver si encontramos un venadito, ¿no quieres venir?

—Estaría bueno Ramón pero no puedo, tengo que ir al servicio militar.

—Ni modo, ya será pa' la próxima.

—Oye, si encontraras un machete por ahí o sabes si alguien vio uno me dices, porque el mío se perdió.

—No le hagas, qué mala suerte la tuya, seguro se te cayó cuando andabas en el caballo. Bueno, nos vemos luego.

—Sí, adiós.

En un abrir y cerrar de ojos ya está en casa. Al entrar los niños corren hasta él; les pide ayuda para juntar la leña en el rincón de siempre, en donde no estorbe, ya mañana la rajará bien.

Por lo pronto una cubeta, jabón y estropajo son suficiente compañía e Isaac se dirige hacia el pozo de hombres para bañarse. De regreso se refresca un rato en la hamaca azul mientras mira al horizonte, que poco a poco va desapareciendo. A lo lejos se ve a una mujer que tiene atado a la cintura un telar con hilos de diferentes colores, el otro extremo está amarrado al tronco que se encuentra frente a ella; hincada, tira con fuerza a cada puntada que hace, es todo un arte, difícil de aprender:

—Qué bueno que soy hombre y no tengo que hacer esas tareas—, dice Isaac para sí.

Su calma es interrumpida por dos inquietos hombrecitos que le piden ayuda con los instrumentos en la mano: un palo, un clavo, una cuerda y la herramienta básica, un machete. Pajarean alrededor, inquietos, hasta que él se decide haciendo gala de la fuerza y de la habilidad que caracterizan a los hombres costeños.

—Esto sí es para mí, lástima que no tengo mi machete para rajarle bien.

Y sentado en cuclillas talla, talla y talla el palo hasta darle la forma precisa. Poco a poco las caritas de los niños se animan al ver que un trompo se va conformando; por fin los últimos toques, un clavo en medio y ahora sí, a probarlo para ver si gira. Quedó un poco desbalanceado pero con unos golpecitos más quedará bien, parece que está listo para que Javier le dé color a este artefacto mágico que al girar soltará destellos:

—Segurito va a bailar mejor que el de cacho que le compraron al herrero.

—¿Crees, güicy?

—Sí pues. Pruébenlo.

Los niños desaparecen alegremente entre los troncos y los montones de arena y de grava que hay en el patio, riñendo para ver quién será el primero en lanzar el nuevo juguete.

Justo cuando Isaac decide reposar nuevamente, de la calle aparece una linda silueta que porta una falda corta y una blusa delgada; la hermosa piel canela hace que los ojos del joven salgan de su órbita natural y que de inmediato se ponga de pie:

—Hola Isaac.

—Hola Carmen, ¿qué haciendo por acá?

—Vine a un mandado con mi tía, ¿y tú qué haces?

—Nada, voy a la plaza a ver a los chavos.

—'Ámonos pues, yo también voy para allá.

En cada esquina del asfaltado camino se ven grupitos de jóvenes que siguen con los ojos las figuras de todos los que pasan frente a ellos. La mayoría están acompañados de cigarrillos, otros de guitarra y de flauta y no faltan los pequeños que, como Fermín y Javier, hacen bulla a las parejas que pasan. Sin embargo la conversación hace que Carmen e Isaac ignoren a los demás:

—¿Ya viste a don Gonzalo? Otra vez tirado de borracho, se ve que lleva días ahí.

—Sí, desde que murió su mujer no ha podido reponerse.

—Pobre, dicen que todas las mañanas visita el panteón, tan fiestero que era antes. ¡Ah!, se me olvidaba Isaac, ¿ya te enteraste de que en La Palma va a haber jaripeo y torneo de básquet?

Sin preocupación alguna Carmen cambia radicalmente de tema, pues es común ver alcohólicos tirados en la calle, mujeres no, sólo hombres.

—Sí, pero prefiero esperar la fiesta grande, se me hace que éste ni va a estar bueno. Además ya no quiero montar porque todavía me duele harto el brazo de la última vez que me trepé a una bestia.

—Pues yo a lo mejor voy con las muchachas para ver el partido, porque los de la Prepa van a jugar. Bueno, ya me voy pa' mi casa, si no mi mamá me va a regañar; nos vemos luego.

Estrechándose la mano se despiden con una grata sonrisa igual a la que los encontró. Con paso rápido y postura erguida ella desaparece mientras él camina sin prisa hasta la cancha, en donde encuentra algunos conocidos con los que charla un poco. Uno de ellos pregunta si ya le devolvieron su machete, él oyó el mensaje por la tarde, pero no, Isaac aún no lo ha recuperado:

—Hasta la cara te cambió, güey.

—No te preocupes, sí lo encuentras—, le dice otro.

—Es que es el machete que me regaló mi hermano y no sé qué le voy a decir ora que llame por teléfono.

—A lo mejor lo hallas antes.

—Ojalá.

Deciden jugar un rato en la cancha, pero los equipos son varios y únicamente les da tiempo de participar dos veces antes de que el balón deje de ser visible. Como neblina que aparece lentamente, sin avisar, muchachos y muchachas van poblando el centro del municipio. Entre la caída del sol y el escaso alumbrado público se forman grupos dispersos a lo ancho de las calles y de las tiendas. Bajo los árboles y entre los arbustos las románticas parejas aprovechan lo oscuro del jardín para encontrarse.

Después de una amena plática Isaac regresa a casa por el oscuro camino de terracería, pues sabe que por su seguridad no es prudente divagar fuera del barrio propio una vez entrada la noche. Don Gabriel lo espera en el corredor, Isaac desanimado se sienta junto a él:

—Bueno, ya mandaré hacer uno nuevo con el herrero.

—Pero si ese todavía estaba bueno, hijo—.

Su madre se acerca con algo entre las manos.

—¡Es mi machete! ¿Dónde lo encontraron?

—Alguien lo trajo por la tarde cuando andabas en la plaza, sólo que la funda se rajó de una de las agarraderas.

De inmediato su semblante cambia, ese ceño de preocupación y de molestia desaparece súbitamente mientras lo admira y lo toca sintiendo lo liso y lo filoso de las orillas; con un trapo lo limpia para luego colgarlo en su lugar habitual. Por un rato discuten los pormenores de este suceso e Isaac queda satisfecho con su suerte.

Lentamente el día se ha ido, los pequeños bichos inician su concierto nocturno y entre bostezos y poca charla cae la noche. Ha llegado la hora de subir a las gallinas al palo que se detiene entre las ramas de un árbol ya casi seco. Atraparlas toma tiempo, hay que llamarlas con tronidos de boca y alcanzarlas. Una vez arriba se agarran del palo con las patitas, equilibrándose y escondiendo la cabeza entre su frondoso plumaje mientras aguardan el amanecer. A los guajolotitos se les invita a pasar al encierro para que no se los vaya a comer el tlacuache.

Plácidamente Fermín se acomoda para dormir entre el petate, la cobija y su madre; ella se extiende en el lugar, disfrutando de su merecido descanso, para mañana volver a empezar. Javier sueña al lado de su padre, en el catre. Las luces se apagan, todo queda en silencio y únicamente se escuchan a lo lejos los ladridos de los perros. En el cielo Isaac admira la redonda moneda ' r 'ata acompañada de pequeños destellos brillantes, pensando en que hoy no fue un día como cualquier otro.

María Eugenia Maldonado Hernández



Apéndice

Pinotepa de Don Luis

El nombre de Pinotepa de Don Luis tuvo su origen alrededor del año de 1540, cuando el señor Luis de Castilla recibió a la población, como encomienda, de manos de Pedro de Alvarado.

El municipio de Pinotepa de Don Luis forma parte de Jamiltepec, el distrito 31 del estado de Oaxaca. Está situado en la Región Costa, por lo que su clima es cálido y húmedo. Cuenta con una extensión de 3,648.263 ha. y sus coordenadas son: latitud norte 16° 26', longitud oeste 97° 58' y tiene una altitud de 420 msnm.

El municipio de Pinotepa de Don Luis incluye, además de su cabecera municipal, las siguientes localidades: La Palma, Hierba Santa, Yutandicaba, Los Guayabos, Yucuchaa, Chiminatio, Duatiavi, Yucundio, Yutatio, El Jicaral, Chikuako, Xinichiko, Yutacoyo, Yutandiuu, y colinda con los poblados de Jicayan, San Juan Colorado, Huaxpaltepec, Jicaltepec y Tetepelzingo.

Su población es de 5,841 personas: 2,974 mujeres y 2,867 hombres. Muestra una densidad de población de 51.3 habitantes por km². En esta población existe una fuerte presencia de hablantes de mixteco, que alcanza 81.4%, siendo monolingües 30% y bilingües 70%, mientras que los hablantes de español constituyen 12.6 %.

Existe un total de 1,062 viviendas, la mayoría construidas de adobe, techo de teja y piso de tierra. Además cuenta con los siguientes servicios: Clínica del IMSS, médico del ISSSTE, oficina de correos, oficina de telégrafos, dos casetas de teléfono público y un mercado municipal. No todos cuentan con drenaje, luz, agua potable y servicio telefónico, éstos se concentran en la zona urbana únicamente. En el campo educativo hay un centro preescolar, cuatro escuelas primarias (una de ellas bilingüe mixteco-español), una escuela secundaria técnica agropecuaria y una preparatoria por cooperación.

El camino a la población puede hacerse mediante transporte público o en camionetas que salen cada 45 minutos y que cubren la ruta Pinotepa de Don Luis-Pinotepa Nacional (ida y vuelta) desde las 7:00 hasta las 18:00 hrs.

En Pinotepa de Don Luis se practica la agricultura de autoconsumo, principalmente. En caso de existir excedentes, éstos se comercializan a pequeña escala dentro de la misma población. La producción agrícola es básicamente de maíz, frijol, ajonjolí, chile y calabaza; también se recolecta una buena cantidad de frutos como el mango, la ciruela, el limón, la toronja, la guayaba, el zapote negro, el mamey, el cocotal, el cuajinicuil, la papaya, la guanábana y el aguacate.

Los habitantes de Pinotepa de Don Luis desempeñan diferentes trabajos como jornaleros, peones, artesanos/as, ejidatarios o comuneros, amas de casa, etc. También se dedican a la cría de bovinos, porcinos, caprinos, ovinos, equinos, conejos y al cultivo de colmenas.

Pinotepa de Don Luis posee una gran riqueza en recursos naturales, por su extensión transitan los ríos Grande, Paso de San Juan, Yutakoonino y de la Arena. Los recursos forestales son abundantes en maderas finas como la caoba, el cedro, el roble, la madera roja y diferentes árboles frutales. También existen plantas como bocote, toronjil, bugambilia, yerbabuena, candó, ruda, ita fikate, jazmín, margarita y chamizó, que son utilizadas por los curanderos/as y parteras tradicionales. Algunas de las especies animales que se pueden encontrar son: camarones, peces y cangrejos; palomas, tortolitas, pericos y cotorros; iguanas, armadillos, conejos, venados, tejones, jabalíes, tlacuaches, zorros y ardillas; culebras, chicanas y animales de ponzoña, sumándose los animales domésticos como guajolotes, gallinas, puercos y perros.

La riqueza de Pinotepa de Don Luis también radica en sus tradiciones y costumbres; por ejemplo, la vestimenta tradicional que todavía se usa consiste para las mujeres en pozahuanco, mandil y manto; para los hombres en algodón, calzón, sombrero y huaraches.

Existe una gastronomía elaborada con plantas y animales propios de la región como el chipile, la hierba mora, el cangrejo con hoja de aguacate, las chicanas, la iguana en mole, los hongos, el frijol molido, la calabaza con panela y el dulce de papaya, por mencionar algunos platillos.

También hay que mencionar las danzas y las fiestas, que son muchas y muy variadas; están las danzas de tejorones, chareos, malinches, mascaritas, collantes, maromeros y fandango, que se acompaña de violines y caja; la danza del fierro, de moros, acompañada de una banda; chilenas, etc., que son ejecutadas según la ocasión.

Cada una de las festividades tiene características especiales, a continuación se enlistan las principales:

- 20 de enero: San Sebastián
- Febrero-marzo: Carnaval
- Marzo-abril: Semana Santa
- 14 y 15 de agosto: Santa Virgen de la Asunción
- 27 de octubre: Canto de topiles
- 1 y 2 de noviembre: Todos Santos
- 16 al 23 de diciembre: las Posadas
- 24 de diciembre: nacimiento del Niño Jesús
- 31 de diciembre-1 de enero: Año Nuevo
- A lo largo del año hay más de 10 mayordomías.

Por último, cabe mencionar que en Pinotepa de Don Luis existe una compleja estructura social en la cual intervienen diversos sectores políticos de la comunidad: las organizaciones civiles, religiosas y tradicionales no están completamente separadas y existe una interacción entre los distintos cargos. Los *tatamandones* son quienes gozan de mayor respeto por parte de la comunidad, sin restar importancia a las demás autoridades de la organización social del grupo, que son el presidente municipal, el comisariado ejidal, el síndico municipal, los regidores, los alcaldes, los mayordomos, los rezanderos, los fiscales, los mayores y los *topiles*. Todos ellos en conjunto toman las decisiones y planean las actividades de este municipio.

Informantes

Apuntes del señor Bonfilio Anaya que contienen datos varios sobre el municipio de Pinotepa de Don Luis.

Noé Leyva.

Prisciliano Leyva

Francisco López

Bibliografía

Anuario estadístico del estado de Oaxaca, INEGI, Gobierno del estado de Oaxaca, 1997.

Tibón, Gutierrez, *Pinotepa Nacional: mixtecos, negros y triques*, México, Editorial Posada, 1981.



Por los caminos de la Mixteca

*C*laudia Mayén Trujillo

Por los caminos de la Mixteca

Una tarde

La resplandeciente luz del sol, que había brillado durante todo ese día sobre las 5,665 hectáreas del pueblo, inicia su desfallecimiento cuando el ruido del camión proveniente de Tlaxiaco se asoma cada vez más fuerte por las montañas del llamado nudo mixteco. Las llantas cubiertas de polvo ruedan atraídas por el kiosco situado en el centro del pueblo, donde antes existía una gran laguna llena de aves y peces.

Según las voces y la memoria, éste había sido el lugar elegido por los aztecas para fundar México-Tenochtitlan. Hoy las voces dicen: "¡Aquí iba a ser México! Ya no pudo ser porque cuando llegó el águila con la serpiente y se paró en el nopal, éste se rompió y el águila salió volando hasta llegar a lo que se conoce en la actualidad como México".

El sonido del motor despide a su paso los pueblos aledaños: al este San Juan Diuxi, Magdalena Yodocono, San Pedro Tidaa y el área del Zotolín, en la que hay muchos árboles de ocote; al oeste San Sebastián, el cerro de la Corona y San Cristóbal Amoltepec; al norte San Juan Achiutla y al sur San Bartolomé Yucuañe.

La llegada del camión a las cinco y media de la tarde brinda sentido al naciente atardecer, al vaporcito cotidiano que despide el hervor de la cubeta de nixtamal que posa sobre el fogón de leña de cazahuate y encino esperando que caiga la oscuridad de la noche.

La tranquila claridad de la tarde transcurre a través de las notas inseguras de la música que los niños de la primaria y la secundaria hacen sonar con sus trompetas y trombones, liberadas por los dedos que siguen la partitura. El aire las esparce, se las lleva hacia el sur a través del llano de los Sabinos, al que guarda un río de riberas de arena rosada y una vieja presa construida por los españoles en el siglo XVI. El paseo de estas notas llega hasta el área de Jatimá.

La música es para todos y algunas veces el sonido viaja hasta la barranca seca de Ndubatiwañe. Cualquiera puede escucharla sentado bajo los árboles de guayaba y anona, que son amigos de los numerosos ríos que nacen en las montañas (cuya altura llega hasta los 3,500 metros sobre el nivel del mar) y que se pasean por todo el pueblo. Éstos pueden ser admirados por los visitantes o por uno que otro antropólogo acalorado luego de haber visitado la casa del sol, que todavía conserva algunos muros y patios prehispánicos.

El agua de los ríos viene de dos lugares, uno llamado Centro Negro y el otro la Cordillera del Sol. En la época de lluvias (de junio a agosto) el caudal crece y sus canales se

extienden por barrancas y surcos a través del pueblo. En los meses de marzo y abril la temperatura sube de 16 a 30 grados centígrados, cómplice del brillo del sol que baña la piel de vacas, chivos y borregos en los pastizales de San Miguel Achiutla. En este pueblo se suele practicar la propiedad comunal de los bosques y las tierras de pastoreo, aunque predomina la propiedad privada.

En los alrededores existe una montaña con un sinnúmero de cavidades y pequeñas cuevas. Se dice que éstas tienen relación con la leyenda del gobernador Dzahuindanda, del cual cuentan que sacudiendo su talega o saco podía sacar copiosos ejércitos para combatir y dominar al enemigo.

Dentro de la casa en la que el viento sólo llega cuando lleva carrera, vive la familia de Flori. Dos de sus hermanos están en la escuela aprendiendo música, los tres más pequeños juegan y ríen haciendo soniditos con la flor del pipal. Tal vez cuando la madre echó los pipis a la olla de barro con alubias un pipi se atoró en el tenate y allí quedó hasta que un niño lo miró y decidió jugar con él.

Leo, de siete años, prefiere jugar con los naipes, pues ya ha jugado mucho a los panalitos y ya no quiere correr más. Los panalitos es un juego en el que las manitas se sostienen desde lo alto del pecho, cada una pellizcando la piel de la de abajo, piel delgada color polvo y luz de día —semejando el panal—, pendientes de dulces ojitos y risas de miel que se escurren en los labios para explotar en gritos y en persecución después del esperado manotazo que alebrestará a las abejas de cinco alas.

De tanto correr por todos lados Leo entra cansado, traspasa la puerta, coge el fajo de naipes y coloca una por una las cartas sobre la cama de troncos y lona, arrima las cobijas pardas e inventa solitarios juegos inocentes. Por una de las dos ventanas se escucha la voz anciana de doña Adulfita que se despide: “¡Ahorita vengo, dejo estos borregos con tía Joaquina y regreso para llevar la tortilla con tía Lencha. No me tardo!”

La abuela ha llevado una *guez*a que debía por un par de borregos a casa de doña Joaquina, mayordoma de la fiesta del doce de diciembre. Allí encuentra reunidos por casualidad a los tres regidores del pueblo y, apenas tocándose los dedos de las manos, se saludan:

—Buenos días.

—Buenos días—, contestan los tres hombres que acompañan a doña Joaquinita, mujer de avanzada edad.

—¿Cómo ha estado usted, tía Adulfita?

—Pues con puro dolor de cuerpo que no se quita.

—¿Y pa' quién son esos borregos que trai?

—Son para tía Joaquinita, para que los coman mañana.

—¡Aaah!, pues ya tienen unos allá afuera ya sacrificados y hasta están haciendo el hoyo para la barbacoa. ¿Y ora qué van hacer con esos que trai?

—Pues todavía pueden seguirse criando, pa' que crezcan otro poquito.

—Pues eso sí, porque todavía están tiernitos.

—Al ratito regreso —dice la abuela—, voy por dos maquilas de tortilla.

—Ande pues, vaya usted.

Estos tres hombres son los regidores del pueblo, cada uno cuenta con diferentes obligaciones. El primero se dedica a auxiliar a los funcionarios eclesiásticos y participa en la celebración de las mayordomías. El segundo apoya las labores educativas y el tercero contribuye a las obras públicas. Reunidos allí, la abuela pudo saludarlos y conversar un poco con ellos; orgullosa y bien servida, amarra a los dos borregos con un lazo y regresa a casa por las dos maquilas de tortilla, una la obsequiará como señal de agradecimiento por el préstamo de la *guez*a y la otra se la venderá a tía Lencha.

Las *guez*as se piden cuando el anfitrión del festejo no completa los ingredientes para llevar a cabo la celebración de casamiento, mayordomía o bautizo. Entonces el anfitrión pide la *guez*a a uno de sus allegados que esté en posibilidades de hacerle el préstamo, éste puede ser de música, cervezas, borregos, maíz, pollos, juegos artificiales, tortillas, chiles, guajolotes, reses y hasta de lonas para acondicionar el lugar. Una *guez*a puede pagarse cuando la necesita quien la prestó y así ocuparla para realizar la celebración.

Leo suelta las cartas y brincando frente a la abuela pregunta: ¿cuándo bailarán al guajolote? Adulfita, la abuela de Leo, le contesta en lengua mixteca; el niño, con la mirada perdida e ignorante de las palabras, insiste. Ella entonces, con suma paciencia, le repite el mensaje en español: "el *coni* se adorna con flores, moños y listones de papel de china antes de bailarlo", refiriéndose a las alas, al cuello, a la cabeza y a la cola del guajolote.

La abuela se detiene interrumpida por el niño, que sólo desea saber cuándo los mayordomos bailarán al guajolote para ofrecerlo al padre de la iglesia en agradecimiento por la misa. El pueblo organiza los festejos religiosos siguiendo los lineamientos de las cofradías y las mayordomías de los santos.

La abuela, con los ojos abiertos, demostrando una gran paciencia, sólo contesta al niño: "Acuérdate de que lo bailan y lo entregan el último de los tres días de festejos y de que la música de guitarra y violines lo va a acompañar". El niño explota de impaciencia y vuelve a meterse en su casa de grandes ladrillos de adobe, imaginando que sabe el juego de los naipes y que podrá jugar él solo.

Casi todo es silencio excepto por los *conis*, que de un brinco se impulsan, abren sus alas y trepan al techo de la casa para quedar dormidos entre las tejas y las vigas. Flori, la hermana menor, se para frente a Leo y le muestra interés por jugar; estira el brazo arbi-

trariamente para alcanzar un naípe, seguido del cuerpo, y lo único que logra es caer irremediablemente sobre el piso de tierra apisonada. Lo primero que se le ocurre es soltar el llanto. La madre llega y la levanta, consolándola con la promesa de que al día siguiente le comprará un *bolí*.

El padre llega tambaleante, tumbándose de inmediato sobre la cama, la pizca del frijol, el sol y el tepache de panela lo han dejado inmóvil. Flori se suelta de los brazos de su madre y se dirige a él para esculcar el morral. La madre toma el bolso y saca de él un manojo de guajes y toritos que coloca sobre la mesa; todos, las niñas y Leo, se acercan y empiezan a lidiar con los espinosos toritos. La vaina tiesa y rebelde contrasta con sus manitas, las múltiples semillitas están dentro y hay que sacarlas a como dé lugar. Aunque son difíciles de sacar porque lastiman las manos, la recompensa consiste en mascarlas, sacar la pulpa blanca y escupir la cáscara negra.

La madre y la abuela salen de la casa y se sientan sobre el petate y sus pantorrillas. Acercan a sus faldas la palma, el tejido empezado el día anterior y continúan tejiendo el sombrero. Se sienten cerca, quizá por unas cuantas horas, del 11 de diciembre, día en que empieza el festejo religioso en el pueblo.

En San Miguel Achiutla existen varias festividades. Éstas comienzan en enero con el festejo del Año Nuevo, continúan en marzo con el carnaval y en abril con la Semana Santa. En septiembre, casi a finales de mes, se festeja a lo grande al santo patrono del pueblo, San Miguel Arcángel, que yace dentro del exconvento construido por los dominicos en el siglo XVI. Al centro del retablo se observa al santo patrono rodeado por los siete príncipes, arcángeles, ángeles y querubines. Es impresionante observar que en los muros aún se aprecia la pintura azul añil original, fabricada con ingredientes natu-

Foto: Claudia Mayén
Trujillo



rales. En noviembre se celebran los días de muertos y por último, en diciembre se termina con la fiesta de la Virgen, las Posadas y la Navidad.

San Miguel Achiutla es un pueblo pacífico y muy alegre, pues todo el año hay fiestas. El verso del señor Aliro Ortiz ilustra la vida y la algarabía de sus habitantes:

Voy a cantar a mi tierra, a la región más sureña
donde la gente es valiente y no cualquiera hace leña.
¡Gritaron ya los Martínez, preparen todos navaja!
Mis gallos en el palenque, se mueren y no se rajan.
A la feria he venido a gastar peso por peso
y a las morenas les pido que me regalen un beso.
Mañana cuando amanezca, al despertar nuevo día
te invitaré a esta fiesta y a su gran mayordomía.
San Miguelito querido cómo te voy a olvidar,
tierra bendita y sagrada, tú me enseñaste a amar.

En San Miguel Achiutla prevalecen las creencias asociadas a la religión católica, aunque también está presente el culto a los antiguos mixtecos. Se cree que en los alrededores existen espíritus que deben ser respetados y, en caso de ser molestados, pueden causar un mal y en determinado momento hasta la muerte. Hay en el pueblo una persona que puede influir en la curación del mal, pero es mejor prevenirse, fumar un cigarrillo en el paseo por lugares pesados o en el área del exconvento o del panteón. Éste se asienta en la parte inferior de una serie de escalinatas de la época prehispánica. Actualmente se continúa enterrando a los muertos con pequeñas ofrendas que consisten en introducir en el ataúd tortillas con carne, un jarrito con agua, cigarros y hasta una Pepsi Cola o una cerveza. Esta área es considerada como lugar sagrado.

La luna se asoma

Ya casi es de noche y los dos niños mayores regresan del ensayo, los perros anuncian su llegada. La madre sirve la cena; uno de los chicos, José Galdino, parece distraído pero el olor de las alubias lo alerta, pide su plato para sentarse a la mesa, come unos bocados y vuelve a quedar pensativo. Baja los ojos y ve las amplias tortillas que lo esperan sobre la mesa, toma una y se quema la mano, después la boca, inhala y exhala velozmente, pide agua. La jícara de plástico se zambulle en la cubeta, llega a sus manos y bebe de ella, la nariz se irrita y escurre, una inhalación brusca hace olvidar el desencanto. Continúa comiendo hasta terminar satisfecho, entonces tumba su cuerpo sobre la lona dispuesta en el piso, una almohada sale volando, cae en un extremo y la cobija lo cubre.

Listo para dormir, sus ojos van a dar a la repisa de tabla que pende de la pared, un larguísimo clavo la sostiene inmóvil: su mirada se pierde en lo que parece ser ajeno a la casa pero a la vez familiar, sus ojos y su memoria viajan.

El punto que observa es aquel reloj fabricado en China, poco a poco llega a su mente el recuerdo y empieza a pensar en la señorita visitante, una joven estudiante del D.F. que el año anterior estuvo en el pueblo convirtiéndose en huésped temporal de la familia. Su interés era conocer la vida del pueblo y además había dejado olvidado ese reloj chino.

José Galdino recordó cuando fueron con el regidor, don Misael, para que le explicara las normas del pueblo. Ahí ambos comprendieron los sistemas de elección de las autoridades y de la participación de los habitantes dentro del Ayuntamiento, regido por usos y costumbres. Los diversos cargos de policía, regidor, tesorero, síndico alcalde y presidente municipal conforman el cuerpo que representa el orden y la autoridad del lugar. El tío de José Galdino era policía, a él le correspondía llevar los mensajes y mantener el orden.

José Galdino recordaba a aquella huésped mientras uno a uno, los integrantes de la familia iban ocupando sus lugares para dormir. Los poblados de Ndubapunte y Yuterancho, en los valles tranquilos del sur, dormirán con luz de luna llena. Dentro de la casa el foco de luz amarilla velará por los integrantes mientras ratones y pulgas clavan sus colmillos en el alimento.

En la cercanía de las faldas del cerro del Palmareal un grupo de cazadores alumbrados por la luna portan el deseo de poner las balas en los conejos, venados o zorras que deambulan confiados y gustosos, llenando la noche de momentos de suspenso y anécdotas jocosas e infantiles que, a falta de diversiones masivas, serán relatadas al día siguiente. Al final de la jornada, por la tarde y entre amigos, se escuchan las aventuras de montañas y escopetas y de una que otra antigua leyenda de la hermosa Ita Andehui, el rey Dzahuindanda o el Flechador del Sol.

La leyenda de Ita Andehui

La leyenda que suele relatarse dice que hace mucho tiempo había una bella joven que vivía en el bosque situado al oriente de Yucutuó (cerro negro), su nombre era Ita Andehui, que significa flor del cielo. La joven vivía con su madre Cozcaxóchitl (collar de flores); su padre, capitán de la guardia de Tilantongo, había muerto. Madre e hija vivían en una casa hecha con troncos y palma, en medio del bosque de ocotales y encinos, rodeadas de flores de colores y aromas diversos que adornaban el verde paisaje.

Cuando el sol se hallaba en el cenit, Ita Andehui salía de la casa y bajaba al río, allí se refrescaba disfrutando la claridad de la corriente, su cuerpo se dejaba acariciar una y

otra vez con el pasar constante de sensaciones, para terminar su visita con el zambullir del cántaro. Volvía a casa con pasos ligeros, semejantes al movimiento de las garzas que paseaban por las orillas del agua, regresando al nido para después volar definitivamente.

Un día, cuando regresaba de traer agua del río, su caminar ligero y suntuoso tuvo que detenerse ante su propio palpitar debido a la presencia de un hombre de porte encantador que venía acompañado de sus soldados. Su nombre era Anon Nau, que significa corazón de tigre, él y su grupo andaban de caza y aunque no lo pareciera, el bello hombre también se había turbado ante el encuentro. Fingiendo estar bien, sin embargo, sacó del pecho un tono amabilísimo y lleno de dulzura dijo a la muchacha: "Todo está bien, linda. No pasa nada, yo soy Anon Nau y vengo con mis soldados". Luego de un silencio, Ita Andehui liberó la bella sonrisa de sus labios y aceptó, a petición de Anon Nau, ser encaminada a las afueras de su hogar, en donde su madre la esperaba. Entonces se perfiló el amor de dos seres que lograron amarse por siempre.

Después de ese día nunca se olvidaron, ambos soñaban con el momento de estar juntos. Anon Nau no lograba estar tranquilo y pensó en un plan para concertar una cita con la bella muchacha. Pidió a su hermana visitar a Ita Andehui para acordar los encuentros; fue así que la enamorada pareja logró volver a verse. La primera cita y las subsiguientes fueron en la roca gris, cerca del adoratorio sagrado. Allí juraron amor eterno frente a la imagen azul de Yya Sadzatnahan Daha.

Muy pronto Cozcaxóchitl se percató de los encuentros que su hija tenía con el bello hombre, y con el alma y el cuerpo encolerizados reprendió severamente a la pareja por haberse visto sin el consentimiento de sus padres. Ambos habían roto las leyes de la moral, al igual que los reglamentos de casta. Los padres de Anon Nau se reunieron con Cozcaxóchitl y acordaron ir al santuario de Achiutla para que el gran sacerdote otorgara el perdón a la pareja por aquella lamentable falta.

Dos días después acudieron al centro religioso, se les impuso una penitencia de 20 días de ayuno a cambio de la promesa, por parte de las autoridades religiosas, de santificar su amor al terminar las fiestas. Cumplido esto se llevó a cabo la petición formal de matrimonio.

Anon Nau, acompañado por su madre y familiares, hizo entrega a Ita Andehui de los accesorios de oro y plata que la harían verse maravillosa en la ceremonia nupcial. Las palabras del sacerdote mixteco viajaron a los oídos de los presentes. Su mano tomó un extremo de la capa que portaba Anon Nau y la ató al manto suave de Ita Andehui, después la trenza sedosa de la joven ciñó el brazo de su amado esposo. La ceremonia se consumó cuando el sahumador, despidiendo exquisitos aromas, fue paseado frente a la pareja por tres ocasiones para enaltecer sus almas.

Unidos y llenos de amor vivieron plenamente hasta que el cambio que trae consigo

el transcurrir del tiempo puso en peligro su felicidad; como fiera tras su presa logró atraparlos y desangrar sus vidas, pero nunca el amor que se juraron.

La desgracia llegó cuando el territorio mixteco fue invadido por las fuerzas militares de Moctezuma. El pueblo mixteco tenía que defenderse y para ello requería de todos sus hombres. Anon Nau no fue la excepción y se vio casi obligado a sumarse al ejército defensor. Después de su partida Ita Andehui no volvió a verlo.

El combate se desarrolló en el territorio de Tlacotepec, la noticia de la muerte de Anon Nau llegó a oídos de la muchacha cuando ya era madre de un hijo llamado Citlaltémoc, que significa lucero que desciende.

Desesperada y perturbada por tanto dolor, la joven optó repentinamente por renunciar a la vida. Sus piernas se impulsaron sobre la roca gris —muy cerca del lugar en el que alguna vez la experiencia de la felicidad había invadido su ser al lado de Anon Nau—, volando junto con brazos y cuerpo, para caer en lo negro del hondo precipicio.

Inmóvil y frío, su cuerpo fue traído al hogar de su madre, quien lo adornó con florecillas del bosque y perlas de llanto y lo llevó a la tumba, que tenía una puerta de piedra tallada con glifos.

Cuando el pueblo mixteco descubrió que el joven Anon Nau seguía vivo, éste se enteró de que su esposa se había quitado la vida porque lo creía muerto. Anon Nau murió al saltar al precipicio, en las cercanías de la roca gris.

Algunas veces, cuando el viento sopla y las noches se tornan oscuras y negras, suelen escucharse alaridos al viento, juramentos de amor y lamentaciones profundas de dos almas enamoradas que vagan sin poder ascender a la mansión de los dioses.

Cesan las escopetas y truenan los cohetes

¡Al fin! En las últimas horas de la madrugada el grupo de cazadores puede emprender el regreso al pueblo, aunque sólo cazaron un cola pinta cuya carne resulta inapetecible. Sin embargo, a lo lejos el tronido de los cohetes los desvía del camino a casa. Los cohetes lanzados al aire resultan ser una invitación a acudir, toda la gente puede escucharlos, toda la gente del pueblo sabe por qué los lanzan. Lo extraño es que la mayoría de la gente permanece en sus casas iniciando las labores del día, imaginando silenciosamente lo que sucede en el lugar de la fiesta.

Los cazadores, en un acto de fe y sin acuerdo aparente, guían sus pasos en dirección al barrio de Guadalupe.

Paola Acuca y Serapio Montes traen ya a los músicos con los violines y las guitarras. Son las tres de la mañana, la capilla hecha de cemento está sola y silenciosa. Un grupo de mujeres llega presuroso y arregla el altar, cambia el agua de los jarrones y coloca flo-

res nuevas; la gente sube poco a poco hacia la capilla, sale de los caminos todavía oscuros con flores de cartucho en las manos. Mientras tanto los músicos se acomodan en la entrada, una vez reunidos los devotos, los rezos y el canto pueden dar inicio.

Resulta impresionante aquel sentimiento de amor y de piedad que se vierte en el tono desguanzado de voces que piden misericordia y perdón a la Madre Santísima y a su Hijo Santo Dios, de cuyos rostros emana la esperanza de sus fieles.

Después de los festejos religiosos en la capilla la gente se dirige a la casa del Mayordomo Primero. Ahí el dinamismo espontáneo de amistades y compadres contribuye a que los platos con menudo lleguen sabiamente a su provechoso destino: el almuerzo, hoy acompañado con café y pan.

La despensera, metida en el improvisado almacén, se dirige segura y digna a los demás y, aprovechando su jovialidad autoritaria, mangonea a uno que otro mozo que incipientemente colabora con el acopio de alimentos. Las cocineras sudan la gota gorda moliendo el chile guajillo. Los hombres, por su lado, luchan con los desesperados movimientos de un borrego al que van a sacrificar, privándolo de mascar un día más la verde alfalfa.

La banda de música toca en la capilla y también en la casa, llenos de ánimo continúan sonando los instrumentos aún con el gusto de la noche anterior, cuando los acomodados se prestaban a bailar en la explanada del palacio municipal con el ritmo contagiante de las trompetas y de los platillazos y con la privilegiada compañía de las marmotas.

La banda sigue tocando. Dentro de la casa, en su altar, hay una imagen de bulto con tres cuadros de la Virgen —dos de ellos empotrados en un par de alcancías— y dos cofres de madera. Uno de ellos contiene las velas, los cirios y las planchas de cera de abeja. El segundo las pertenencias de la virgen: ropa, velos, documentos de propiedad de tierras y una bandera.

Una vez terminada la cena, la gente empieza a subir poco a poco al área del exconvento: camina por más de cuarenta minutos entre la música, con tambaleantes movimientos provocados por el navegante sabor del aguardiente. Una vez arriba, en la cúspide del templo, los toritos iluminan los oídos y los ojos.

Durante los tres días que dura la fiesta, en las casas de los mayordomos se reparte comida y bebida, se disfrutan guisos como pozole, menudo, barbacoa y masita de maíz blanco con chile y carne. Faltar a la procesión que se hace al barrio de Guadalupe resulta imperdonable. Un camino estrepitoso no es obstáculo para la gente devota y mucho menos para la banda, que no deja de tocar.

Antecedido por la cena, durante la noche tiene lugar el gran baile en el que niños, adultos y ancianos bailan hasta el cansancio.

El tiempo

Las festividades pasaron y los niños que no están cortando leña o pizcando frijol cerca de las faldas de las montañas, están en la escuela. En la casa, dentro de la cocina construida con troncos y lámina, la madre y la abuela echan tortillas al comal, llenando el tenate y los vacíos del alma, hablando de cosas cotidianas, problemas familiares y novedades en el pueblo.

El tiempo no se detiene ni en el pueblo de San Miguel Achiutla, ni en ningún otro lugar, aunque algunas cosas permanecen: la libertad del viento, las montañas y el gran exconvento en la cima. La gente y su cultura existen y cambian, inmersas en las creencias, unas actuales, otras antiguas y otras más de herencia milenaria. Todas ellas viven para ser transformadas, enfrentando permanentemente el cambio cotidiano.

*C*laudia Mayén Trujillo



Apéndice

C. I. D.

San Miguel Achiutla

Dentro de la región de la Mixteca Alta, en el estado de Oaxaca, se encuentra el municipio de San Miguel Achiutla, perteneciente al distrito de Tlaxiaco. Ocupa una extensión de casi 60 km² y se encuentra a una altura de 1,940 msnm en el centro, y de 3,500 en los alrededores montañosos.

Para llegar al lugar existen tres brechas de terracería transitables todo el año que unen a San Miguel con otros pueblos como San Sebastián, San Juan Achiutla y San Bartolomé Yucuañe.

El poblado cuenta con instituciones gubernamentales como la clínica, el área del albergue, el jardín de niños, la escuela primaria y la secundaria.

La densidad de población es relativamente baja y está compuesta por 711 personas, las cuales habitan en viviendas que ellas mismos construyen con materiales como el adobe, la madera y la palma; ocasionalmente ocupan el cemento y la varilla o lámina. Algunas casas se encuentran abandonadas debido al constante ir y venir de la población hacia los centros urbanos como Tlaxiaco, Oaxaca y el Distrito Federal. La mayor parte de la gente se dedica a la agricultura, cultivándose principalmente el maíz, el frijol, el trigo y las hortalizas. En las casas se crían borregos, cerdos, guajolotes y gallinas. El combustible más utilizado en el hogar es la leña, la cual se obtiene de la explotación forestal de los bosques.

San Miguel Achiutla es un pueblo en donde existe la industria de la lona, que se comercializa principalmente en el valle de México. Mucha gente se beneficia de ella y por eso en casi todas las casas existe un uso múltiple de la lona.

En el centro del pueblo se encuentran el mercado, las canchas de basquetbol, el Palacio Municipal, la Conasupo, la capilla, la biblioteca y el muy reciente kiosco, que se mandó construir para el Festival de la Mixteca, en 1998.

En cuanto a los medios de comunicación, llegan dos estaciones de radio transmitidas desde Tlaxiaco y Oaxaca y algunos canales de televisión que sólo pueden ser vistos con antenas parabólicas.

El mixteco sólo se habla entre las personas mayores de 60 años. La fiesta patronal se realiza en la tercera semana del mes de septiembre, en la que se celebra a San Miguel Arcángel.

El pueblo cuenta con las llamadas "ollas de agua"; éstas son obras de infraestructura moderna para el abastecimiento de la población, en ellas actualmente se ha instaurado un proyecto piscícola para la propia comunidad.



Donde el agua los ve nacer y luego los echa fuera

Mariana Avendaño Ortiz

Donde el agua los ve nacer y luego los echa fuera

A medida que la distancia que me separa de Apoala es menor, mi expectación por conocer la tierra donde nació la cultura mixteca aumenta. El velo de misterio que envuelve a este pueblo me lleva a pensar que Apoala está al margen del ajetreo que existe en otros lugares y que su gente se dedica a custodiar celosamente el lugar en el que el primer hombre mixteco vio la luz y de donde salió para difundir su cultura.

El camino que nos lleva a Apoala comienza a volverse más estrecho; al empezar a descender pasamos frente a una imagen de la virgen de Guadalupe, ante ella todos los pasajeros del micro se persignan. Seguimos descendiendo y más adelante alcanzo a ver el panteón, abajo está un valle y le pregunto a una señora: "¿Ahí es Apoala?" Ella con orgullo me contesta afirmativamente, luego me pregunta si es la primera vez que vengo. Nos ponemos a platicar y le digo que me tiene impresionada lo verde del lugar; ella animada comparte conmigo los secretos de los lugares de su pueblo, me platica de la hermosa cascada en donde algunas personas afirman que existen chaneques y del río que llena los campos de verdor.

El micro se detiene antes de entrar en Apoala, el chofer toca el claxon y un muchacho aparece para quitar un lazo que sirve de barrera, el micro avanza un poco y se detiene frente al albergue turístico que da la bienvenida a los visitantes con un enorme letrero que dice: "YUTSA TO'ON TURISTA" (saludo de bienvenida para los turistas).

Todos le pagamos al chofer y nos bajamos, la gente de las casas cercanas se asoma para ver a los recién llegados, me despido de algunas personas y tomo el camino que me lleva a la casa de la familia Santos. La distancia no es muy grande pero a veces se vuelve difícil avanzar debido a las grandes piedras que hay en el camino.

Antes de llegar al lugar en el que me voy a hospedar paso frente a una casa que me llama la atención porque, a diferencia de las otras que he visto, está construida como las casas de la ciudad. Sigo caminando y a lo lejos puedo oír la música de los Tigres del Norte. Al pasar frente al lugar de donde viene la música veo a una mujer que remoja su ropa en un lavadero que da a la calle. Desde el interior de la casa se oye el llanto de un niño, la mujer le habla para calmarlo mientras el niño observa a su madre a través de la pared de carrizo. La mujer me saluda y me doy cuenta de que me sigue con la mirada para saber a dónde voy.

II

Al fin llego a la entrada de la casa de la familia Santos, escucho ruidos en la casita que la

familia utiliza como tienda: buenas tardes —grito—, y de adentro me contestan en mixteco y me invitan a pasar. Doña Rafaela llama a su hija Rosa y le pide que me lleve a donde voy a dormir. Cuando llegamos a la casita dejamos la maleta sobre las cajas de Coca Cola que están junto a la cama, Rosa me ayuda a tenderla y terminados los arreglos me lleva hacia el lavadero en el que estaba limpiando el pollo que su mamá había matado en la mañana para la comida. Mientras Rosa lava el pollo empieza a preguntarme:

—¿Por dónde vives en la ciudad?

—Vivo en Iztapalapa, cerca de la estación del metro Cerro de la Estrella.

—A mí me gustaba mucho vivir en México porque pude conocer muchos lugares como Xochimilco, que me gustó mucho.

—¿Y por qué te regresaste?

—Porque mis papás no tenían quien los ayudara y como no hay hombres aquí, mi hermana y yo tenemos que hacer el trabajo. Yo estaba muy contenta con la familia que vivía porque me trataban como si fuera de la familia, ellos se pusieron muy tristes cuando me regresé para acá porque ya estaban muy acostumbrados conmigo. Con ellos aprendí a cocinar muchas comidas que hacen allá en la ciudad.

—¿Tus papás estuvieron de acuerdo cuando te fuiste?

—Mi mamá sí me dejó, pero mi papá no quería que me fuera porque muchas de las muchachas que se van ya regresan con un hijo y ya nadie las toma en serio. Por eso cuando vinieron los señores con los que me fui a México tuvimos que esperar a que mi papá se fuera al campo para que yo pudiera irme. Mi mamá me recomendó que me portara bien y que me cuidara. Me despedí y le llamaba cada sábado a la casa de una tía que vive en Nochixtlán.

—¿Te gustaría regresar a México?

—Sí, porque cuando terminaba mi quehacer podía ver las telenovelas o si no me podía ir con la señora a comprar las cosas de la comida.

III

Cuando al fin terminamos de lavar el pollo y entramos en la cocina para preparar la comida, Rosa me pide que le traiga unas leñas que están afuera, voy a traerlas y el perro de la casa se asusta cuando me ve porque no me conoce.

Rosa le grita al perro para que se calme. Al oír tanto escándalo doña Rafaela le pregunta a Rosa qué es lo que pasa y la muchacha le contesta. Lo único que yo oigo es que madre e hija platican en mixteco; al final de la plática doña Rafaela suelta una carcajada que se oye desde la tienda hasta donde yo estoy.

Rosa está terminando de hacer la comida cuando a lo lejos vemos a su sobrino que viene por el camino junto con otros compañeros de la escuela. Luis entra por la tienda y saluda a su abuela, quien le pide ayuda para acomodar los refrescos en el refrigerador mientras ella pone las mazorcas en el *tapasco*. El niño le contesta que está muy cansado; al escuchar ésto su tía Rosa le llama la atención desde la cocina y Luis no tiene más remedio que obedecer. De mala gana se va a la casa en la que duermen él y su mamá para dejar su mochila y cambiarse de ropa.

Mientras tanto Rosa va a traer el tenate para las tortillas que su hermana Elvira guarda en la casa de sus padres. Cuando todo está listo, llama a la familia para comer. Luis llega rápidamente y su tía lo manda a que se lave las manos. El niño regresa y se sienta a la mesa, doña Rafaela tiende su petate en el suelo y se acomoda sobre él para comer, Rosa pone mi plato en la mesa, junto a Luis, y ella arrima una sillita junto al fogón para poder estar pendiente de las tortillas. Doña Rafaela pide a Rosa la salsa y me ofrece un poco para que la pruebe, Luis me advierte que las salsas que prepara su tía son muy picosas y que por eso él no las prueba.

Terminamos de comer y ayudo a Rosa a recoger los trastes, la abuela le dice a su nieto que no olvide llevar unas limas a su mamá, que está en el campo. Luis se va cantando una canción de los Tigres del Norte y se apura para alcanzar a su mamá. Rosa lava los trastes de la comida mientras doña Rafaela y yo desgranamos el maíz para el nixtamal.

Cuando veo mi reloj me doy cuenta de que son las cuatro y media de la tarde y que Apoala está muy tranquilo. Doña Rafaela me ve con interés porque se da cuenta de que me cuesta trabajo desgranar, a veces se ríe y le comenta a Rosa sobre mis esfuerzos.

Luego de desgranar varias mazorcas doña Rafaela reconoce que ya aprendí algo, Rosa me traduce lo que su madre le ha dicho:

—Dice mi mamá que ya mero estás lista para quedarte a vivir en Apoala y que te va a buscar un marido—. Las dos se ríen de mi reacción y le agradezco a doña Rafaela que reconozca mis avances.

IV

Antes de que oscurezca podemos oír a lo lejos los balidos de los borregos que ya vienen de regreso custodiados por Elvira y su hijo; Elvira trae en las manos un poco de leña que usamos para calentar la cena. Está muy cansada y se adelanta a la cocina en donde Rosa tiene problemas para prender el foco. Luego de varios intentos y de conectar y desconectar el cable, el foco prende y podemos prepararnos para cenar.

Luis, quien se ha quedado encargado de meter a los borregos en el corral, se acerca

corriendo a la cocina y desde la puerta puedo escuchar que dice:

—Ya va a nacer un borreguito; no voy a cenar hasta que nazca porque si nace y no lo acepta su mamá le vamos a tener que preparar su leche Nido y dársela en una mamilita como al otro borreguito.

Afortunadamente no es necesario y Luis puede ir a cenar con la buena noticia de que todo ha salido bien. Estamos en la cocina cuando oímos el ruido de alguien que se acerca; a través de la pared de carrizo puedo ver que se trata de don Rufino. Luis corre al encuentro de su abuelo y le dice: "abuelo, ya nació un borreguito". El abuelo recibe la noticia con mucho gusto y se van juntos a la cocina para cenar.

Durante la cena todos contamos lo que hemos hecho durante el día, la plática es muy animada. En la cocina se habla español y mixteco, como la única que no entiende el mixteco soy yo, cuando doña Rafaela cuenta algo tengo que esperar a que alguien me lo traduzca.

Elvira, al ver que su hijo se está durmiendo, le pregunta acerca de su tarea:

—¿Luis, ya terminaste tu tarea?

—No mamá.

—Ve a traer tus libros y ponte a trabajar.

—Mamá, acompáñame a la casa para que me digas qué libros tengo que traer. Elvira sabe muy bien que el niño no va solo porque le da miedo la oscuridad, así que lo acompaña. Luis y su madre regresan a la cocina a esperar a que hierva el agua del nixtamal. Mientras esperamos, Luis y yo revisamos la lectura que le encargó su maestra. Las mujeres de la casa tejen sombreros de palma y platican sobre las cosas que sucedieron durante el día; el abuelo Rufino toma uno de los sombreros que Rosa había empezado y también se pone a tejer.

Cuando Luis termina de hacer su tarea me pide que le lea un cuento que viene en su libro, nos ponemos a leer juntos y el niño va quedándose dormido sobre su cuaderno. Rosa, al ver que el niño se ha dormido, lo llama:

—Luis, no te duermas, mejor vete a tu cama para que no vayas a torcerte el cuello—.

El niño despierta y le contesta a su tía:

—No me voy a ir porque estoy esperando a mi mamá.

—Lo que pasa es que eres un miedoso y no te puedes ir solo—. Al ver que el niño se estaba enojando, Elvira tuvo que intervenir:

—Ya no molestes a Luis porque luego se enoja y se pone muy grosero.

—No lo estoy molestando —contesta Rosa—, sólo le estoy diciendo que es un miedoso porque no se va solo a su casa.

La abuela Rafaela regaña a Rosa por hacer enojar a su nieto, Rosa ríe y cambia el tema. Por fin el nixtamal está listo. Rosa lo baja del fuego y lo lleva a la casa de sus padres para

evitar que el perro se lo coma. Elvira se encarga de apagar el fuego; nos despedimos y nos vamos a dormir.

V

El día en Apoala comienza a las cuatro de la mañana, algunas mujeres despiertan y se visten para llevar el nixtamal al molino. Elvira no es la excepción y al levantarse procura no hacer mucho ruido para no molestar el sueño de su hijo. A oscuras busca la falda azul celeste y la blusa que su madre le hizo el año anterior. Después de vestirse va a la cocina para recoger el nixtamal, cierra bien la puerta para evitar que los *cuchis* y los pollos se metan y hagan desastres.

Elvira sale muy apurada para ganar tiempo y llegar antes de que se junte la gente en el molino. Ve a lo lejos que se acerca Ofelia, la hija de su vecina. La muchacha saluda con mucho cariño a Elvira, quien la mira con asombro porque tiene el cabello pintado. Siguen el camino juntas, Elvira le pregunta:

—¿Cómo está la tía Adela?

—Muy bien, tía Elvira.

Aunque no son parientes, la costumbre en Apoala señala que a las mujeres casadas o mayores se les dice tías, al igual que a los hombres se les dice tíos. Ofelia tiene 16 años y está de visita en casa de sus padres; la muchacha tuvo que salir a trabajar a Puebla para ayudar a su familia.

El modo de vestir de Ofelia ha cambiado mucho desde que dejó su pueblo. Cuando visita a sus amigas les cuenta de todos los lugares que conoce: miente y exagera sus hazañas en la ciudad. Las muchachas de su edad la ven con curiosidad y a la vez con cierto recelo. Ella viene dos veces al año para visitar a su gente. Para Ofelia volver a su pueblo es uno de los motivos que la hacen trabajar con más ganas, sabe que la gente de Puebla no se da cuenta de su existencia, por eso aprovecha para lucirse en donde sí la conocen.

Por fin llega el turno de Elvira para moler el nixtamal, en mixteco se despide de todas las mujeres y Ofelia se queda platicando con otras señoras mientras Elvira se apura a regresar a su casa.

Doña Rafaela está lavando los trastes de la cena y Rosa barre la tienda mientras llega la hora de almorzar. Doña Rafaela sale para traer los huevos que han puesto las gallinas; Rosa prepara una salsa para los huevos que su madre ha ido a traer, y Elvira hace las tortillas del día. Doña Rafaela descubre que falta el té de manzana y se pone a hacerlo.

El abuelo, quien regresa a la casa después de haber ido a cortar leña, se lava las manos para sentarse a desayunar. Elvira entra a la cocina y pregunta: "¿No has visto a

Luis?" El abuelo contesta que no lo ha visto. Elvira llama a su hijo y Luis, que todavía está dormido, se apura para no llegar tarde a la escuela.

El niño llega corriendo y se sienta a almorzar. Rosa le sirve huevos y frijoles sin picante porque a su sobrino no le gusta el chile. Don Rufino recibe un plato grande con mucha salsa, Elvira va repartiendo las tortillas que ya tiene listas, doña Rafaela se sienta en su petate y todos almorzamos.

Cuando Luis termina de almorzar su madre lo apura para que se lave los dientes y se vaya a la escuela. Don Rufino va a traer a su burro para llevarlo a su terreno y cargarlo con las mazorcas que ya están listas. Elvira pone en una bolsa algunas tortillas, huevos cocidos y un poco de salsa para que su padre coma; en otra bolsa le da las tortillas que van a comer los perros. Rosa le recomienda a su padre que no vaya a olvidar el jabón cuando se bañe en el río. Después de los preparativos, consejos y advertencias de sus hijas, el señor se va al campo.

Cuando Elvira termina de hacer las tortillas, Rosa le dice que ella va a cuidar a los animales para que pueda lavar la ropa de Luis y de sus padres. Elvira acepta gustosa mientras le ayuda a buscar su sombrero para protegerse del sol. Rosa guarda palma en su morral para tejer *tenates*, unas limas y un refresco para la tarde, saca a los animales del corral y se va al campo.

Elvira termina de lavar la tabla en donde hacen las tortillas y lleva el *tenate* con las tortillas al cuarto de sus padres. Doña Rafaela trae de la cocina la masa que su hija había apartado para los *cuchis*, la pone en una cubeta y le agrega agua para llevarles de comer



Foto: Mariana Avendaño Ortiz



a los animales. Elvira trae de su casa la ropa que tiene que lavar cuando oye a los pollitos piar de hambre, regresa a la tienda y saca un bote con maíz para los pollitos y las gallinas. Mientras Elvira lava la ropa, su madre pone a cocer unos chayotes que Rosa cortó el día anterior. A lo lejos se puede oír la música que viene de casa de Lola, la cuñada de Elvira.

VI

Lola es la esposa de Rodolfo, ella nació en el Jazmín, un rancho cerca de Apoala; tiene nueve hijos, cuatro mujeres y cinco hombres. Rodolfo y Santiago son los mayores pero ya no viven con la familia porque se han ido a trabajar a Milpa Alta; Luis se fue a los Estados Unidos desde hace dos años. En casa sólo quedan Gerardo, que ya va a terminar la primaria; Luisa y Justino, de ocho y seis años respectivamente; Dalila, quien acaba de regresar de casa de sus suegros; Rosario, que está en el comité del albergue de los niños y la más pequeña, Rafaela, que nació hace tres meses.

Lola se casó a los 16 años y antes de casarse sólo había visto a Rodolfo dos veces, la primera fue en el carnaval de Apoala y la segunda cuando sus padres le comunicaron que habían aceptado que se casara con el muchacho. Lola era la menor de su familia y Rodolfo la había escogido, como era costumbre en el pueblo.

El muchacho le comunicó a sus padres que quería casarse, así que la familia Santos se fue al Jazmín un sábado a eso de la una de la mañana para llegar a casa de Dolores antes del amanecer. Los padres de la muchacha aceptaron seguir con las entrevistas, como se acostumbraba. El tercer sábado el embajador de la familia de Lola le dijo al embajador de la familia Santos que sí se casarían. Lola sabía que su deber era acatar las órdenes de sus padres, pero sentía cierto temor al tener que irse a vivir a la casa de sus suegros. Sin embargo corrió con suerte, su nueva familia la trató muy bien y ella no tuvo que llegar a vivir a la casa de los padres de Rodolfo porque don Rufino les regaló un pedazo de terreno al lado de su casa para que construyeran.

Cuando nació el primer hijo de Lola su suegra la ayudó en el parto. Doña Rafaela se hizo cargo de lavar la placenta con agua del río y de envolverla en un trapito para que el río se la llevara y el niño no saliera legañoso. Rosa, la más joven de las cuñadas, llevó el pedazo de ombligo de su sobrino a la rama de un árbol de lima que había en su casa. Según dice la gente, si esto no se hace los niños tienen dificultades para subirse a los árboles.

Las hermanas de Rodolfo ayudaron a su cuñada durante los 40 días de reposo que necesitaba. Con su segundo hijo Lola ya no necesitó de la ayuda de nadie, la familia se enteró del nacimiento por el llanto de la criatura. Cuando los hijos de Rodolfo eran pequeños su madre tenía muchísimo trabajo, pero conforme iban creciendo le ayudaban en las tareas de la casa: las niñas cuidaban a sus hermanos más pequeños y los niños acompa-

ñaban a su padre a cuidar a los animales. Los niños pequeños no tienen obligaciones particulares, su cooperación es espontánea y no siempre en la misma actividad.

Ahora que sus hijos han crecido la casa está llena de mujeres y esto es de gran ayuda para la madre, el trabajo se divide entre todas las mujeres y ella se cansa menos. Lo que no le gusta mucho es que su hija Dalila haya regresado de la casa de sus suegros con Margarita, su nieta.

Dalila era una muchacha muy trabajadora y muy bonita, conoció a Raymundo y se hizo su novia, pero cuando lo platicó con su padre éste se opuso a las relaciones. La madre de Dalila tuvo que interceder, logrando convencer a Rodolfo de que los tiempos habían cambiado y de que era preferible que su hija tuviera la oportunidad de conocer al hombre que iba a ser su esposo. Lola es una mujer muy comprensiva y a veces piensa que muchas de sus comadres han sufrido porque los hombres con quienes sus padres las casaron las maltratan o porque las familias de sus esposos las tratan con mucho rigor.

A los dos meses de haber comenzado su noviazgo, Dalila habló con sus padres acerca del casamiento: "Me voy a casar con Raymundo". Sus padres recibieron la noticia con mucho gusto y Rodolfo se encargó de comunicar a su familia el matrimonio de su hija. Rodolfo y Dolores sabían que la familia de Raymundo iría a ponerse de acuerdo sobre la fecha del casamiento; el día llegó y se hizo el intercambio de rosarios entre las familias.

El día de la boda Dalila lució en la iglesia decenas de rosarios que su familia le había regalado. Dolores sentía mucho orgullo de que su hija siguiera manteniendo el respeto hacia las tradiciones de su pueblo, como el obsequio de un rosario con la imagen de la virgen para las mujeres o con la de San José para los hombres. Para la gente de Apoala es un gran honor que el contrayente tenga una amplia cantidad de rosarios; en esta ocasión la que demostró ser una familia más numerosa fue la de Dalila.

VII

Ahora que Dalila se había casado era su obligación ayudar en las labores de la casa de sus suegros. En esta casa el trabajo era más pesado pero ella siempre trabajaba duro y cumplía con todas sus obligaciones para que su nueva familia no hablara mal de ella ni de sus padres por no haber sabido educarla.

Para Dalila la vida iba pasando sin sobresaltos hasta pocos días antes de cumplir seis meses de casada: se dio cuenta de que estaba embarazada y ese día fue el más bonito de su vida. Tener un hijo era muy importante para cualquier matrimonio, esa tarde Dalila trabajó con mucho entusiasmo y esperó con gran alegría a Raymundo para contarle la noticia. El esposo de Dalila se puso muy contento y se lo contó a sus familiares. Su primo Heladio le invitó unos mezcales y Raymundo no volvió a casa hasta entrada la madru-

gada. Dalila se despertó al otro día muy contenta y de regreso del molino le fue a dar la noticia a Lola:

—Mamá, estoy embarazada.

—Qué gusto le va a dar a tu papá porque ya tiene muchas ganas de ser abuelo, ojalá que sea un niño para que ayude a tu esposo en el campo, ya ves que las niñas sufren mucho y cuando se casan se van a trabajar a la casa de las suegras y uno se queda sin ayuda.

Pasados los nueve meses Dalila sintió los dolores del parto y se fue a aliviar al Centro de Salud de Apoala, ahí nació Margarita. Raymundo se enorgullecía de que su hija hubiera nacido tan sana, pero en el fondo quería que fuera niño. Los compadres de Raymundo —que compartían su preferencia por tener hijos varones— lo consolaron y le dijeron a manera de broma que si su hija hubiera nacido en tiempos de los bisabuelos habría sido una suerte porque las parteras cobraban más caro por los varones que por las niñas, por eso era una suerte tener hijas.

Margarita fue creciendo en casa de sus abuelos paternos. Un buen día Raymundo, cansado de las carencias que sufría su familia, decidió irse con su primo Heladio a los Estados Unidos para ganar más dinero y regresar a construir una casa para su hija y su esposa.

Una noche, cuando Dalila le estaba sirviendo la cena, Raymundo le comunicó su decisión: “Me voy a ir a los Estados Unidos a trabajar un tiempo y ganar dinero para que hagamos una casa de material para nosotros”.

Dalila no estaba de acuerdo con que su esposo se fuera aunque tuvo que conformarse, se sentía muy sola pero su hija la hacía recuperar la alegría.

El tiempo pasó sin recibir noticias de Raymundo, a los dos años de su partida la suegra de Dalila se puso muy grave y después de unos meses murió. Entonces Dalila, que se sentía como una extraña en esa casa, aprovechó para regresar a vivir a casa de sus padres. Lola aceptó gustosa el regreso de su hija y de su nieta.

Ahora Dalila ayuda a su madre a cuidar a su hermana, permitiéndole descansar un poco del ajetreo diario. Rosario, la otra hija de Lola, casi no está en casa pues ha sido elegida por las autoridades para ayudar en el Albergue de los niños. Luisa y Justino están muy contentos de que Rosario trabaje en el Albergue porque se sienten como en casa.

Rosario y sus hermanos regresan el viernes a casa mientras los niños del Albergue se van a sus ranchos o a sus casas, los que viven en Apoala.

VIII

Los días en Apoala se suceden unos a otros entre los trabajos del campo y el cuidado de los animales para los hombres. Las mujeres se hacen cargo de la limpieza de la casa,

de alimentar a los pollos o los *cuchis* y de preparar la comida; si queda tiempo van a ver si han aparecido las hormigas arrieras en los campos, éstos animales acaban con los sembradíos y se comen en unas pocas horas lo que iba a ser una buena cosecha.

El día de la semana en que la vida de este pueblo cambia de algún modo es el miércoles, que es el día de mercado en Nduayaco. La gente va a vender *tenates*, frutas y animales para poder comprar artículos que en Apoala no se pueden conseguir. Nduayaco está a una hora de Apoala, el micro del municipio sale en la mañana.

Elvira espera el día de mercado para ir a vender unas limas y unas guayabas que hemos cortado, ella desea vender su mercancía para comprarle a Luis una chamarra que vio. En la noche Elvira se va a dormir temprano para estar descansada al día siguiente. Despierta a eso de las seis de la madrugada y pasa a la cocina para preparar el café y unos berros con frijoles molidos para que desayunen los de la casa. Cuando está listo el desayuno empieza a peinarse y pronto queda bien arreglada para partir, toma sus bolsas cuidando de no olvidar nada. A lo lejos oye el claxon del micro que va recogiendo a la gente para ir a Nduayaco y Nochixtlán; cuando subimos está casi lleno. La tía Lina le hace lugar junto a ella y se van platicando de lo que llevan para vender. En el vehículo se oyen a todo volumen los éxitos de la música grupera mientras los pasajeros platican en mixteco.

Al llegar a su destino, Elvira y sus compañeros de viaje se bajan cubriéndose con sus rebozos y suéteres, pues el aire está frío. El mercado ya casi está completo, se ven llegar carros de Puebla y de la ciudad de Oaxaca que traen diversas mercancías.

Elvira no tarda mucho en vender sus frutas y rápidamente va a buscar la chamarra que le ha prometido a su hijo, ahí encuentra unas blusas muy bonitas y compra dos, una para ella y otra para su hermana Rosa. Damos un último paseo por el mercado y juntas esperamos a que llegue el micro que regresa de Nochixtlán. El camino es corto y las mujeres aprovechan para ir tejiendo *tenates* y sombreros. Al llegar a Apoala Elvira se despide de todos los pasajeros. Luis, al escuchar el ruido del carro, deja de hacer su tarea para ir a recibir a su madre en el camino.

La abuela está metiendo los pollos al corral y Elvira la espera en la cocina para enseñarles a todos lo que compró. Del otro lado del camino se oyen los animales que vienen bajo el cuidado de Rosa, Luis va a alcanzar a su tía para enseñarle su chamarra y le dice que se apure porque su madre le ha traído un regalo. Rosa apresura el paso para llegar a la cocina en donde están los demás mientras el niño reniega porque no puede terminar la tarea escolar. Rosa se prueba la blusa nueva con mucha alegría.

La familia ayuda a la abuela Rafaela a desgranar las mazorcas para el nixtamal. Cuando el abuelo Rufino llega, Luis lo va a saludar y se pone muy contento al ver que don Rufino ha atrapado muchos chapulines en el campo. Luis los lleva con su tía para que los

lave y los ponga a cocer en una olla con agua, sal y limón. La familia cena y se va a dormir como todos los días.

Ha llegado el jueves, Luis se despierta muy temprano, se viste para ir a la escuela y sale corriendo para no llegar tarde. Su madre se queda en casa, este día no es como todos para ella, ya que su esposo cumple cuatro años de haber muerto. Elvira vive con sus padres desde que su esposo falleció y está totalmente dedicada a cuidar a su hijo, los estudios del niño son para ella lo más importante en la vida, desea que su niño pueda aprender lo más posible para que no tenga que dejar la escuela y trabajar. Elvira sabe muy bien que la gente de su pueblo que no cuenta con estudios, al salir a buscar empleo no consigue nada bueno; afortunadamente su familia es muy trabajadora. Está consciente de que su hijo tendrá que salir de Apoala, pues aquí no hay manera de hacer una carrera para ganar más dinero. La idea de separarse de su único hijo la hace ponerse muy triste.

Elvira piensa que las cosas no siempre han sido así en Apoala, recuerda que antes la gente no tenía que comprar los costales de maíz para las tortillas, las familias eran más grandes y nunca tenían problemas de escasez de comida, algo raro está pasando porque la tierra tampoco produce como cuando era niña.

Ahora Elvira se da cuenta de que las pocas parejas jóvenes que quedan en el pueblo ya casi no tienen hijos, ella sabe que estas ideas de tener pocos hijos son producto de las pláticas que se dan en el Centro de Salud. Ha visto cómo en algunas ocasiones se han juntado varias mujeres para ir a operarse a Nochixtlán para no tener más familia y aunque esto le preocupa algo, no le gustan para nada las mujeres que salen a trabajar y que regresan embarazadas de hombres que jamás volverán a ver.

La vida en el pueblo ha tomado un rumbo difícil de entender para ella, la gente no va a misa ni participa en las actividades comunitarias. En los últimos años las autoridades ya no siempre están de acuerdo con el sacerdote, esto provoca cierta división entre las personas que tratan de defender a su pueblo de la influencia de las nuevas religiones y de los extraños.

Elvira no puede oponer resistencia a ese cambio, sabe que tiene que educar a su hijo para que compita en la ciudad por un mejor empleo y a la vez quiere que Luis siga siendo sumiso ante la autoridad de sus mayores.

Cuando uno conoce a Elvira alcanza a entender lo difícil que puede ser acostumbrarse a la rapidez de la vida, que exige que la gente muchas veces olvide sus costumbres y deje a un lado su lengua.

Las madres de Apoala desean que sus hijos se vayan de la comunidad y que regresen a su pueblo con el dinero suficiente para construir una casa de material en donde puedan vivir con su familia, para así demostrar a los demás todo lo que lograron con su trabajo.

La situación en Apoala es más compleja de lo que se piensa, la gente tiene que salir porque ya no es posible sobrevivir en este lugar, la vida corre tan rápido como el río que atraviesa al pueblo y los echa fuera del lugar que los vio nacer.

La gente sabe que tiene que irse lejos, pero desearía hacerlo llevando consigo cientos de garrafones de agua de Apoala, que es la única que sirve para poner a cocer los frijoles.

Mariana Avendaño Ortiz



Apéndice

Santiago Apoala

Para llegar a Santiago Apoala desde la ciudad de Oaxaca se toma la supercarretera rumbo a Nochixtlán, que se encuentra a 67 Km. de distancia. De Nochixtlán a Apoala son 40 Km. de camino de terracería, transitable casi todo el año.

Santiago Apoala cuenta con 197 habitantes y es uno de los 570 municipios del estado de Oaxaca. Está localizado en la región de la Mixteca Alta que pertenece al distrito de Nochixtlán. Este municipio tiene una agencia municipal que se encuentra en San Antonio Nduayaco y tres agencias: Jasmín Morelos, Unión Buena Vista y Tierra Colorada.

La elección de las autoridades se realiza de acuerdo con los usos y costumbres y la ceremonia de cambio de autoridad se lleva a cabo el día 2 de enero.

Apoala es un pueblo muy antiguo que se encuentra mencionado en muchos documentos prehispánicos y en códices como el *Vindobonensis*, en donde se habla del origen de la cultura mixteca. El *Códice Nuttall* habla de los centros ceremoniales que se encuentran en Apoala.



Santiago Tilantongo, fortaleza mixteca

Luz Verónica Reyes Cruz

Santiago Tilantongo, fortaleza mixteca

Una nube blanca se levanta por el camino que me lleva a Santiago Tilantongo, atrás queda Nochixtlán. Conforme nos internamos lentamente en la región una gran incertidumbre me invade; los pasajeros me miran ocasionalmente como preguntándose: ¿quién será?, ¿a dónde y a qué irá?

Volteo hacia afuera para observar el entorno, poco a poco se mezclan los tonos grisáceos, ocres y verduscos sobre lomas, cerros y barrancas; entre milpas y sembradíos de frijol las palmas complementan el paisaje mientras algún solitario árbol proporciona un agradable refugio contra el intenso sol.

El microbús sigue su transcurso, al pasar por Jaltepec una señora que lava trastes en el patio de una casa levanta los brazos haciendo señas afanosamente, el chofer sigue de largo hasta que uno de los pasajeros le dice: "suben".

Mientras retrocedemos la señora guarda los trastes, toma unas bolsas y corre hacia nosotros; sobre su espalda, dentro de un rebozo negro de algodón, un pequeño con un gorro de tela se asoma y juega con la trenza de su mamá:

—Gracias Pancho—, dice la señora al chofer.

—Otro poco te quedas—, dice un señor como de 60 años que trae un gran canasto.

—No tío, me hubiera tocado irme caminando; si no es porque salgo a lavar los trastes no los veo—. Voltea el rebozo, se acomoda junto a una señora de grandes trenzas blancas y delantal a cuadros y comenta:

—Ayer me quedé, pues me agarró la noche. Y con el niño pues no es lo mismo; sola camino más rápido.

El correr del agua llama mi atención, un río custodiado por grandes sabinos serpentea entre la roca sólida y la tierra que se desmorona lentamente, en algunas partes es apenas un arroyuelo, en otras una poza perfecta para lavar o bañarse. Llegamos a un puente, varios señores que arreglan el camino dejan picos y palas mientras pasamos, debajo de los sombreros de palma sus rostros sudorosos muestran lo intenso de la jornada.

Ascendemos lentamente por la accidentada geografía, a lo lejos se alcanza a ver Tilantongo, que en ocasiones parece cercano y en otras desaparece tras cerros y lomas que van emergiendo. Las barrancas y las curvas cerradas me provocan vértigo, por lo que cierro los ojos y me pregunto cuándo llegaremos.

El cambio en el terreno me indica que puedo abrir los ojos, frente a nosotros un camino largo, un poco inclinado, y una que otra casa nos reciben. Afuera de una casa compuesta de dos cuartos de adobe y techo de lámina tres pequeños, que corretean descalzos

y semidesnudos, interrumpen su diversión para observarnos fijamente. Pasamos junto al panteón y la escuela primaria; conforme avanzamos las casas parecen juntarse y jugar con el terreno: hacia la derecha sobresalen del camino y hacia la izquierda se hunden en él. De algunos cuartos de madera o de carrizo con techo de lámina o palma, el humo blanco del fogón se eleva lentamente mientras que las construcciones de tabicón y cemento parecen inmóviles.

Recorriendo Tilantongo

Después de más de hora y media de trayecto desembocamos en una explanada en la que confluyen varias calles y caminos, está rodeada de casas y de algunas tiendas cuyos portales sirven de descanso al transeúnte; el trayecto ha llegado a su fin y el microbús se estaciona en un costado. Conforme bajan, los pasajeros se dirigen a sus casas; yo tomo mi equipaje y le pregunto al chofer:

—¿A qué hora regresa a Nochixtlán?

—Pues mire, hoy ya no...hasta mañana como a las siete de la mañana. Sólo los viernes y los domingos hay una salida más a media tarde, que es cuando se van o regresan los maestros.

Su respuesta me indica que cualquier intención de regresar no podrá cumplirse hoy, por lo que me dispongo a recorrer el lugar para desentumir las piernas y buscar un sitio en donde protegerme del ardiente sol.

Observo a mi alrededor mientras pienso hacia dónde dirigirme. Voy hacia unos arcos, dejo mis cosas sobre unas jardineras que están afuera de la Supervisión Escolar. Dos señores entre los 30 y los 40 años platican y se encaminan a la tienda que está a un costado; entro a comprar un refresco, el interior es un poco oscuro y fresco, ya que no hay ventanas y la construcción es de adobe. Algunos pequeños están con unos señores de sombrero y huaraches de cuero que toman una cerveza y comen chicharrines mientras ven una película de Cantinflas. El dueño me comenta:

—Tengo películas mexicanas y norteamericanas, usted me dice cuál le gustaría ver—. En ese momento entra una mujer como de 60 años, sobre su cabeza lleva un rebozo en forma de nudo que cae sobre la nuca, de la mano trae a una pequeña vestida con pantalón de mezclilla y tenis que parece de dos años.

—Buenas tardes Juan, ¿tienes chícharo?

—Sí tía.

—Dame dos kilos y uno de sal de grano—, dice la mujer mientras la pequeña la jala de la falda amplia y larga.

—Abuelita, quiero un gansito.

Afuera atraviesa la explanada un señor como de 35 años, lleva un burro cargado de leña, se detiene un momento, levanta unas hojas de maíz que encuentra en su camino y se las da al animal, continúa en dirección contraria a la Supervisión Escolar.

Me dirijo hacia la Presidencia Municipal, a lo lejos, sobre un promontorio, veo la iglesia, la cual me parece buen sitio para observar la comunidad; al avanzar llama mi atención la manera en que están distribuidos los espacios públicos, construidos de acuerdo con el relieve del terreno de manera que el techo de la Supervisión Escolar queda al nivel de la cancha de basquetbol. Alrededor se ubican la Presidencia Municipal, la comisaría y la biblioteca municipal. Sigo de largo y una escalera me conduce al mercado, que está desierto; éste rodea otras canchas de básquet más amplias en las que se hacen los bailes de Semana Santa, Año Nuevo y la fiesta del pueblo; estoy sobre la Presidencia Municipal y la explanada principal.

Regreso a la calle, conforme me acerco el camino se inclina y mi equipaje se hace más pesado. Me encuentro con una niña como de seis años, el cabello cae sobre su cara y su vestido grisáceo, que contrasta con el cuaderno que trae; al mirarla una sonrisa ilumina su rostro moreno. Un portón me invita a pasar mientras el camino se aleja rodeando la iglesia para llegar al jardín de niños.

En el atrio de la iglesia de Santiago Apóstol —cuya construcción data del siglo XVI— me siento bajo la sombra de un ocotal, es la parte más fresca del lugar; desde aquí veo gran parte de la población, que da la impresión de una muralla y me hace recordar que Tilantongo fue uno de los grandes señoríos de la Mixteca. A lo lejos se vislumbran algunos ranchos cercanos y pueblos vecinos. Los contrastes entre la vegetación y la tierra árida se hacen más evidentes; al fondo de una ladera corre el río que parece pintar de verde los lugares por donde pasan. Sobre Tilantongo se impone un gran monte cubierto de árboles verde oscuro conocido como Monte Negro, en él se encuentra una de las zonas arqueológicas más antiguas e importantes de la Mixteca y sobre él se alcanza a ver hasta Nochixtlán.

La cabecera municipal o centro —como le dice la gente del lugar— parece una población tranquila, poca gente transita por las calles; al recorrer el pueblo me percaté de que casi la tercera parte de las casas está deshabitada, la mayoría está hecha con material y son de uno o dos pisos.

—Después de los 18 años la gente de Tilantongo sale para continuar sus estudios, en busca de trabajo o de mejores condiciones de vida emigran a otras partes del país y a los Estados Unidos. Algunos construyen sus casas en Tilantongo visitándolas sólo en vacaciones, generalmente en Semana Santa; otros jamás regresan y sus propiedades quedan al cuidado de sus parientes —me comenta la doctora del lugar—, por lo que hay pocos jóvenes mayores de 20 años en Tilantongo, los que no salen se

dedican al comercio y a trabajar sus tierras; terminan casándose con gente de la región.

—Entonces, ¿sólo hay niños y viejos en el pueblo?

—No, la mayoría de los maestros y los doctores que llegan a trabajar a Tilantongo son de otras partes, por lo regular tienen entre 25 y 40 años, algunos se casan en la región o en el pueblo, otros están una temporada y luego se van; el municipio les presta cuartos en donde quedarse y nosotros nos quedamos en la clínica; vamos y venimos a nuestras casas cada ocho días.

La doctora me informa de una casa en donde dan hospedaje y venden comida a los maestros que vienen de otras partes. Sin pensarlo más y sintiendo un gran alivio me dirijo hacia allá. Es una casa de dos pisos, en la parte de abajo vive la familia y en la parte superior están los cuartos que se alquilan. La dueña me pide paciencia mientras arregla un cuarto; empiezo a sentir los efectos del cansancio y sólo anhelo dormir un gran rato.

La vida en Tilantongo

Un día común

Los días en Tilantongo suelen ser largos y tranquilos, estando aquí se descubre el ritmo de la vida. Antes de que el sol aparezca las mujeres salen hacia el molino, llevan el nixtamal en cubetas o en botes dentro de un *tenate* que atoran en sus hombros o en su frente y que cae sobre su espalda; las jóvenes prefieren llevar la cubeta en la mano. El frío del amanecer cubre el rostro de un grupo de personas que espera la salida del micro que lo llevará lejos de Tilantongo.

Conforme el sol sale el movimiento se incrementa, hombres y mujeres regresan de trabajar en el campo. Después de almorzar los jóvenes entre los 12 y los 20 años salen para la Telesecundaria o el TeleCOBAO, pasando por las calles y las tiendas del lugar. Más tarde los niños orientan sus pasos hacia la escuela primaria o el jardín de niños; las risas y los gritos de los niños del albergue se oyen provenientes de una loma por la que bajan junto con su directora, que los lleva a la primaria.

A media mañana el ir y venir de la gente es continuo, aunque escaso. Las señoras hacen sus compras en las tiendas del lugar, sobre su espalda llevan a sus pequeños dejando las manos libres para cargar las bolsas del mandado; uno o dos niños caminan tras de ellas, los más grandecitos les ayudan con el mandado. De los ranchos y los pueblos cercanos vienen personas a hacer compras o arreglar ciertos asuntos en el Municipio, las señoras aprovechan para vender tamales o tortillas. Al terminar las clases las tiendas vuelven a estar concurridas por los alumnos que se dirigen a sus hogares para hacer sus tareas domésticas, la tranquilidad vuelve al pueblo poco a poco. La calma se rompe a media tarde,

conforme jóvenes y niños se reúnen en el centro, algunos vienen de pastorear a sus chivos.

Dentro de la biblioteca un grupo de niños y niñas consulta los libros, hace la tarea o lee un cuento; en la cancha algunos jóvenes juegan basquetbol mientras un grupo de jovencitas los observa y platica entre sí; una joven que ve atentamente el juego me comenta:

—Hay una liga de basquetbol que se juega un día a la semana.

—¿Quiénes participan?

—Varios equipos de la comunidad, de ranchos y pueblos vecinos.

—¿Sólo hay equipos de hombres?

—No, también hay categorías femenil e infantil. La organizan para obtener fondos y realizar los torneos de la fiesta del pueblo o de Semana Santa, a los cuales asisten equipos externos y de la región.

Los niños se corretean y jalan entre sí; un pequeño acompañado de su mamá pasa a toda velocidad en su bicicleta. Un grupo de señoras va hacia la iglesia junto con otro de niños y niñas, alguna jovencita lleva *cartuchos* para el altar.

Al caer la noche las calles de la comunidad se iluminan con lámparas; las largas caminatas se convierten en un buen pasatiempo para platicar o visitar a algún familiar bajo la tranquilidad que brinda el inmenso cielo mixteco.

Pero no todos los días son iguales en Tilantongo. Los viernes a media tarde, en el centro, los maestros y algunas personas esperan el microbús para Nochis; su ausencia es notoria pues la cantidad de gente disminuye en comparación con los días anteriores. También destacan los días en que se celebra algún acontecimiento cívico, religioso o escolar en los cuales el ir y venir de la gente aumenta considerablemente sin que descuide las actividades normales; otra diferencia son los días de plaza.

Día de mercado

Todo el domingo hay gente en el lugar. Temprano empieza el movimiento en el mercado, los comerciantes del lugar, de los ranchos cercanos y de algunos pueblos vecinos o de Nochixtlán acomodan sus puestos alrededor de las nuevas canchas; las señoras recorren el mercado acompañadas por sus maridos o hijos, han caminado entre 20 minutos y más de cuatro horas. Las mujeres usan delantal a cuadros con peto en forma de corazón bajo el cual se asoma el bias que rodea su amplia falda o el cuello de su blusa. Sobre su cabeza llevan un rebozo oscuro que les protege del sol. Las más jóvenes usan falda recta, blusa de manga corta, suéter delgado y sombrero; algunas llevan bolsas, *tenates* o compran costales. Los hombres traen huaraches de cuero y sombrero; atan sus bultos a un burro.

—Podría reconocer fácilmente de dónde son las señoras —me dice una joven—, sólo debe ver sus pies; las que traen los pies rojos son de Tidaá. También se distinguen por sus ropas, las de Diuxi usan delantales a cuadros en colores pastel.

En un gran tenate una señora trae pan corriente:

—Cinco por dos pesos. Junto a ella otra señora vende tamales:

—Hay de salsa, *coloradito* y de *amarillo*, a peso, ¿cuántos quiere?—

Más adelante hay un puesto de jitomates, chiles, cebollas, ajos, mandarinas y naranjas; junto a mí pasa un niño empujando una carretilla en la que lleva nieve:

—Dame una.

—¿De melón o de limón?

Camino buscando un puesto en donde vendan tortas, compro una de quesillo, mayonesa y frijol; a un lado venden huaraches de cuero y zapatos de plástico, más allá uniformes escolares, pantalones, faldas, camisas y vestidos en varias tallas.

Las tiendas del lugar no paran ni un momento, entra y sale gente buscando lo que no encontró en el mercado, para pagar o pedir fiado para la semana; llevan sal de grano, chícharos, cable, pilas, sombreros de palma o de lona, galletas y refrescos. Algunos detienen su camino y se toman una cerveza o un trago de aguardiente o de mezcal. Afuera los esperan sus burros, que han amarrado bajo algún árbol o en alguna sombra. Sentados en los portales o en unas vigas que sirven de banca descansan antes de emprender su viaje de regreso. Los que tienen parientes en el centro aprovechan para visitarlos y enterarse de cómo está la familia; durante la visita a menudo les ofrecen un vaso de agua o un taco.

Las costumbres de los antepasados

Existe un gran respeto e interés por la transmisión y la conservación de la historia así como de las costumbres de la cultura mixteca; los cargos y los festejos de las ceremonias tradicionales implican una gran responsabilidad para quienes los desempeñan y celebran.

La elección y el nombramiento de las autoridades municipales es uno de los acontecimientos más importantes. Tanto hombres como mujeres mayores de 18 años pueden ser candidatos a cualquiera de los cargos o de las comisiones de la comunidad. El más importante el de Presidente Municipal —ocupado generalmente por un hombre—. Las mujeres otorgan su trabajo en actividades relacionadas con la escuela o con la conservación de la comunidad; el tiempo promedio de servicio de un individuo es de 42 años.

Don Pánfilo, hombre como de 60 años y uno de los regidores de la comunidad, me comenta que es originario de una ranchería de Tilantongo que se encuentra a unas dos horas caminando:

—¿A qué hora se va para su rancho?

—Estoy en el centro de lunes a jueves, en el municipio me prestan un petate para que duerma en la Comisaría.

—¿Cada cuándo viene?

—Cada tres semanas; el puesto se va rolando con otras personas de los demás ranchos. Casi no hay gente en el centro para cumplir con el tequio, por lo que están llamando a la de los ranchos.

Don Pánfilo habla el mixteco al igual que la mayoría de las personas mayores de Tilantongo:

—En el centro los jóvenes ya no hablan mixteco, sólo lo entienden, al igual que unos pocos niños, aunque en algunos lugares desde los niños más pequeños lo entienden y lo hablan.

En las celebraciones de las mayordomías, las bodas y los bautizos el gasto y el trabajo es mucho, por lo que se pide ayuda a familiares, parientes y conocidos, quienes participan en la preparación, en el servicio o en lo que se requiera para el cumplimiento de la celebración; se desempeñan diferentes puestos como el de cocinera, panadera, cuetero o cajero. Los encargados dejan sus ocupaciones durante varios días para cumplir con el encargo, agradecidos por haber sido tomados en cuenta; regresan a sus casas seguros de que cuando lo requieran, obtendrán apoyo con la misma disponibilidad.

Antes de que doña Carmen quedara viuda su marido se había comprometido a ser centurión mayordomo y padrino del Niño Dios:



Foto: Claudia Mayén Trujillo

—Cuando murió mi marido sólo me dejó unos terrenos que vendí para cumplir con el compromiso y poder hacer el gasto.

—¿Entonces usted fue mayordoma?

—No, mis hijos, que ya estaban grandecitos, fueron los centuriones y en la casa dimos el *vico*.

—¿Qué es el *vico*?

—Es la comida que ofrece el mayordomo en su casa, invita a la gente del pueblo. Se da arroz, mole con carne, tortillas, refrescos o cerveza.

Conviviendo con una familia de Tilantongo

Amanece y los murmullos del viento contra los anonales y los matorrales son interrumpidos por los cantos de los gallos o por algún rebuzno que se confunden con los ruidos de la vida cotidiana. El crujir de la leña se distingue perfectamente del roce del metate en el cual Mary muele la masa que llevó temprano al molino. Aprendió a moler cuando era pequeña, su mamá le daba bolitas de todo y hacía sus tortillas. Cuando le salieron redondas le dio masa, y ahora hace tortillas tan grandes como un plato.

Doña Cata pela unos ajos, saca de entre las brazas unos guajillos de los que pican y me dice: “Primero muele el ajo, luego los chiles con un poco de agua para que se ablanden”.

Junto al comal un nopalón se asa lentamente; de pronto entra corriendo la pequeña Úrsula con unas hojas de limonal que Mary echa a la olla que burbujea intensamente. Conforme las tortillas se esponjan doña Cata les hace un agujero y las voltea para que se terminen de cocer:

—Cuando están bien cocidas no se hacen duras, ya no hay que calentarlas después, pero las más suaves son las tortillas de trigo—. Toma una, la dobla a la mitad, la remoja en el molcajete y le pone sal y limón.

—Tenga, Vero, pruebe un *itanduchi*.

Todo está listo para cuando don Carlos, Miguel, Arturo y Juanito lleguen de recoger el frijol.

—Mañana nos vamos más temprano porque el sol seca la vaina y se truena el frijol, ahora hay que recoger el que se regó—, comenta Arturo.

Mary sirve el té y le da una taza a Miguel, su marido. Le dice a Juanito:

—Primero lávate y ponte el uniforme antes de almorzar.

—Mire, Vero, junté unos chapulines entre el frijol—, dice Juanito.

—Al rato los cocemos y freímos—, contesta doña Cata.

La salsa de nopal y las tortillas calientes nos abren el apetito. Mientras los demás comen ágilmente, don Carlos me dice:

—Enróllelo en la tortilla para que no se le escurra.

Los niños comen poco y saltan a la calle para alcanzar a otros niños que van pasando; atrás, junto con la directora, vienen los niños del albergue.

El sol continúa su camino sobre los nísperos y les va dando un tono amarillo; al lado un *cuchi* se revuelca en el lodo mientras el Pulgas espanta una mosca que interrumpe su sueño.

El trabajo parece no tener fin, Miguel y Arturo se van a trillar el frijol. Bajo el anonal, en un banco pequeño de madera está don Carlos, la palma amarilla se desliza suavemente entre sus dedos; algo le comenta en mixteco a doña Cata, quien separa el frijol en un tenate ayudada por Ponchito; éste, inquieto, quiere que su mamá lo cargue. En la calle pasa una mujer joven con un sombrero de palma y en la espalda un niño:

—Buenas tardes, tío, buenas tardes, tía.

—Buenas tardes, Chona—, contestan.

A las personas mayores o casadas los más jóvenes les saludan así, aunque no sean familiares.

Mary enjabona los trastes y les echa agua; mientras yo los saco de la cubeta y los pongo a escurrir, me platica:

—Cuando me pidieron yo ya conocía a Miguel, aunque nadie sabía que éramos novios; no como mi suegra, que nunca había visto al abuelito. Él la vio y buscó al enviado para pedirla, su mamá la convenció para que se casara —apenas tenía 14 años—. A mí me pidieron un sábado en la noche; llegó Miguel con sus papás y el enviado, hablaron con los míos y luego me preguntaron si yo quería casarme con él y se puso fecha para la boda. Cuando nos casamos llegaron en la madrugada con un borrego adornado con listones rojos, su enviado lo entregó a nuestro representante; mientras tomaban café y pan se ponían de acuerdo, al fin comunicaron a los familiares que se iba a hacer la entrega. Cuando estuvimos listos nos colocaron uno frente al otro junto al enviado de cada quien, quienes empezaron a hablar para hacer la entrega y recibimiento, algunas cosas las dicen en mixteco. Luego nos dieron la bendición y nos pusieron unos rosarios de hilo, primero nuestros padrinos de bautizo y después nuestros padres; entre los invitados repartimos *suchitl* y tabaco. Ya rumbo a la iglesia se acompaña con música de cuerda y cuetes para que todos sepan que hay boda.

El gasto de la boda se hace tanto en casa de la novia como del novio, hay que atender a los invitados de cada familia y a los que ayudan en los preparativos, que llegan un día antes; las cocineras matan a las gallinas, hacen el arroz y preparan el mole; también hay alguien encargado de hacer el pan y las tortillas. Después de la boda, en casa del novio se sirve la comida: el arroz, el mole con pollo y cinco tortillas se reparten

entre los invitados, además de una cerveza, un rey de sabor o un doble cola; la banda de viento empieza a tocar e inicia el baile.

Una gallina colorada corre por todo el patio antes de que doña Cata la atrape:

—Estos animales son muy dañeros, andan destruyendo la casa de los vecinos—. En una mano lleva la gallina y en la otra un cuchillo. Me dice:

—Venga, ayúdeme.

—No gracias, aquí la espero.

Regresa con ella, de su pescuezo escurre sangre, la mete en el bote humeante y la despluma y limpia en un minuto; el Pulgas espera atento su parte. Antes de ponerla a cocer la lava con agua y jabón.

—¿Por qué la lava con jabón?

—Para que no quede baboso el caldo.

Pone en la olla ajo, cebolla, sal y hoja santa, que le da un sabor muy especial. Para guisarlo en salsa pelamos cerca de un kilo de tomate de cáscara —es del que nació sólo entre el frijol—, y unos cinco chiles cuaresmeños.

—No, Vero, yo tuve 11 hijos, nomás que tres se me murieron chicos y uno no nació. Miguel es el más grande, estuvo trabajando allá en Tijuana, junto con Pedro y mi hijo Isaac, él luego se regresó y se casó. Mi hija Isaura vive en Oaxaca y sus hermanas Lidia y Ofelia trabajan en México, allá se casaron y sólo vienen de vacaciones en Semana Santa o en Navidad, y Arturo está juntando dinero para irse a Los Ángeles con unos primos. Yo a todos mis hijos los tuve aquí, con los dos primeros mi suegra me ayudó pero con los demás sólo mi esposo me ayudó, él lavaba y hacía la comida mientras estuve en cama. Con todos entré al temazcal para que el cuerpo se reponga: se prende leña y cuando está bien caliente se mete uno y se baña con agua de hierbas. Para salir hay que taparse bien. También entran cuando están enfermos, no sólo de parto.

Después de comer Arturo se va a las canchas y los niños se van con sus vecinos a jugar al jaripeo:

—Ellos tienen muchos toritos con los que jugamos, sólo que luego feo gritan y feo pegan—, dice Úrsula.

Mary escoge unas mazorcas para el nixtamal que le ayudo a desgranar usando un olote; ella las desnuda rápidamente con sus dedos. En un bote pone cuatro litros de maíz y uno de cal, hay que esperar más de dos horas para que se cueza. Conforme la leña se consume el fuego disminuye. Me pongo a la tarea de atizarlo con el soplador, aunque mis esfuerzos no dan buen resultado; de pronto me doy cuenta de que si lo volteo es más fácil y la leña arde mejor.

La tarde transcurre con calma mientras ponemos una olla para el café y compramos dos pesos de pan corriente para merendar. Los niños me piden que lea en voz alta un cuento que les prestaron en la biblioteca:

—Si lo devolvemos mañana, nos prestan dos.

—Yo quiero el del torito—, dice Juanito.

—No, mejor el del osito—, contesta Úrsula.

Mary le da el pecho a Ponchito para que se duerma; mientras los hombres platican sobre la cosecha y dónde van a vender el frijol que están recogiendo, toman un pedazo de pan y lo remojan en su jarro de café hirviendo.

La tranquilidad de la noche se deja sentir poco a poco. Conforme ennegrece, el cielo de Tilantongo se cubre con infinidad de estrellas que quiero abarcar con una sola mirada, pero me descubro atrapada por más de un minuto en un solo conjunto. Las constelaciones se empalman entre sí y voy descubriendo algunas figuras como el azadón o el soplador, que realmente se les asemejan y que para mí tienen nombres más sofisticados.

Durante el poco tiempo que he estado entre la gente de Tilantongo compartiendo sus espacios, olores, colores y sabores, una parte de mí se ha quedado atrapada y mi vida cotidiana parece lejana; sin embargo, una gran nostalgia me invade y me invita a repensar en mi regreso. Quisiera poder estar aquí más tiempo e ir descubriendo poco a poco sus misterios, historias y tradiciones, pero mi partida es impostergable y me voy con la sensación de haber estado en el lugar más alto y lejano de la Mixteca.

Luz Verónica Reyes Cruz



Apéndice

Santiago Tilantongo

El municipio de Santiago Tilantongo se encuentra ubicado al noreste del estado de Oaxaca, latitud norte 17°17', longitud oeste 97°29', a 2,200 msnm. Es parte de la Mixteca Alta montañosa, formada por la confluencia de la Sierra Madre del Sur y la Sierra Madre de Oaxaca, denominada nudo mixteco. Pertenece al distrito político-administrativo de Nochixtlán, cuyo clima característico es semiseco-templado, con una temperatura promedio de 17 °C, alcanzando 1 grado de congelación en invierno y una precipitación anual de 440.7 ml. El clima es favorable para el crecimiento de árboles frutales como el anonal, el níspero, el higo, el limonero, el durazno y la granada. Aunque algunos de estos árboles se pueden encontrar en cualquier parte del pueblo, como el anonal y el níspero; otros, como la granada, sólo se encuentran en algunas casas.

Sus límites territoriales son: al norte San Pedro Tidaá, San Francisco Nuxaño y San Francisco Chinduá; al sur San Juan Diuxi, Santa María Tataitepec y San Juan Mateo Sindihui; al oeste San Miguel Achiutla y San Bartolomé Yucuañe; al este Magdalena Jaltepec y San Francisco Jaltepetongo.

Está conformado por 23 localidades cuya población total, según el *Conteo95* del INEGI, fue de 4,117 personas, 1976 hombres y 2,141 mujeres; la principal lengua indígena es el mixteco, que es hablado por el 56.18% de la población, de la cual el 96.73% es bilingüe y el 3.06% es monolingüe.

Existen dos caminos para llegar a Tilantongo; el primero y más antiguo pasa por Sinalaxtla, Yodocono y Tidaá, es de terracería y rodea varios cerros y tomas en un tiempo aproximado de dos horas. El más utilizado tiene una parte pavimentada hasta Jaltepec, después es de terracería, y cuenta con varios puentes que cruzan el río de la Labor; por este camino se hace una hora y media aproximadamente. Circulan autos, camionetas y camiones particulares que transportan mercancías y a la gente del lugar; hay un microbús que recorre la ruta Tilantongo-Nochixtlán-Tilantongo una vez al día de lunes a jueves, y de viernes a domingo en la mañana y en la tarde. Existe una serie de caminos y veredas para llegar a las comunidades del municipio que son transitadas a pie, a caballo o en burros de carga.

El centro o cabecera municipal cuenta con luz eléctrica en la mayoría de las viviendas y en las calles del lugar, algunas casas tienen una fosa séptica para el desagüe de excusados y regaderas, aunque la mayoría de las casas utiliza las letrinas o los baños ecológicos. La taza y el mingitorio son de cerámica, como los baños que conocemos, pero funcionan con la lógica de las letrinas; a la primera se le pone cal, ceniza y tierra para secar los residuos y a los segundos se les echa agua con una cubeta. La gente se baña a jicarazos con agua calentada al sol. Existe una red

de agua potable, la cual se bombea cada tercer día de uno de los pozos del lugar. Las personas que no tienen este servicio o cuando hay algún desperfecto acuden a los pozos o al río a lavar, a bañarse y por agua para beber. Las mujeres cocinan en fogón y en algunas casas hay estufas de gas que se utilizan en combinación con el fogón, pues para conseguir gas hay que ir a Nochixtlán.

En algunas comunidades de Tilantongo hay jardín de niños y primaria, en el centro existe un jardín de niños, la escuela primaria, la Telesecundaria, el TeleCOBAO y un albergue indígena al cual acuden los niños de los ranchos en donde no existe primaria, o los niños de escasos recursos económicos del pueblo.

Dentro de la organización política los cargos que se desempeñan son: presidente municipal y suplente, síndico municipal y suplente, regidor primero de hacienda y suplente, regidor segundo de educación y suplente, regidor tercero de obras y suplente, tesorero municipal y el de los miembros del Comité de Padres de Familia. Estas personas son elegidas por usos y costumbres en una asamblea pública en la que participan todos los ciudadanos mayores de 18 años que residen en el municipio, a través del voto directo, a excepción de los avecindados (residentes que no son originarios del pueblo). Los hombres a partir de los 18 años y hasta los 70 pueden ser designados para cumplir con alguno de los cargos públicos o el tequio, los cargos más importantes se designan mediante un órgano de consulta. Las mujeres participan en los comités escolares y los avecindados en los cargos de policía. A quienes ya cumplieron con todos los servicios se les denomina Principales y fungen como consejeros.

La principal actividad económica es la migración temporal hacia las regiones en donde se emplean en la pizca; la agricultura que se practica es de subsistencia y de temporal, básicamente de maíz, frijol y trigo, y de tomate y cebolla para el mercado; la cría es de animales menores: gallinas, guajolotes, *cuchis* y chivos en pequeña proporción. La palma se utiliza para tejer sombreros, *tenates* y petates de manera artesanal, que se venden en el mercado o para uso personal, aunque recientemente estos han sido sustituidos por artículos de origen externo.

La religión principal es la católica; el párroco del pueblo atiende en la cabecera municipal la celebración de la misa dominical, las bodas, los bautizos y otras celebraciones de orden religioso; en las rancherías generalmente atiende la celebración de misas para los Santos Patronos o por peticiones especiales. Las mayordomías de Santiago Apóstol y de la Semana Mayor son los festejos más importantes, para los cuales existe una larga lista de espera para los próximos años.

Bibliografía

- Buterworth, Douglas, *Tilantongo, comunidad mixteca en transición*, INI, México, 1975.
Población y vivienda. Resultados definitivos. Oaxaca. Tabulados básicos Oaxaca, Tomo III, INEGI, Aguascalientes, 1997.
Usos y costumbres para la renovación de ayuntamientos, CIESAS-Itsmo, Oaxaca, 1995.



Glosario

A

Amarillo: mote hecho a base de chile guajillo y hierba santa.

Anonal: árbol que produce una fruta llamada anona y que es semejante a la guanábana.

Árbol del pipal: en México se conoce como colorín y en Puebla la flor que produce es llamada flor de pito.

Arriada: acto en el que se reúne un grupo de cazadores para atrapar a un venado.

Azadón: parte de la constelación de Orión que ostenta forma de azadón.

Azul: sustancia líquida color morado que se utiliza para curar heridas de personas y animales.

B

Boli: agua de fruta congelada dentro de bolsitas de plástico.

C

Cabío: platillo de carne de res que se sirve en las mayordomías. Los tatamandones son los únicos que pueden cocer esta carne.

Cable: lazo de nylon que se utiliza para amarrar los bultos a los burros.

Cacho: cuerno del toro que se utiliza para hacer diversos objetos como trompos o figuras para colgijes.

Cajero: el encargado de administrar, cuidar y distribuir entre los invitados lo que se come, bebe y consume, al finalizar debe entregar cuentas de lo que sobra.

Calzón: pantalón que usan los varones de tela color blanco que se amarra a la cintura.

Cartuchos: alcatraces.

Castillo: estructura con diversas formas que va quemando juegos pirotécnicos en serie, haciendo que las figuras se enciendan y lancen destellos de luces.

Cebollita: nombre que se da al peinado que se hacen las mujeres de Pinotepa; consiste en separar el cabello a la mitad y torcerlo para después recogerlo alrededor de la cabeza, semejando la forma de una cebolla.

Centurión mayordomo: es el responsable de la fiesta de Semana Santa, de acuerdo con el sistema de mayordomías. Porta un traje distintivo adornado con espejos y listones de colores y lleva un sombrero con un tocado de plumas.

Chicatanas: hormigas comestibles que salen en la temporada de lluvias; se preparan en salsa y tamales.

Chícharo: alberjón.

Chilena: danza y música típica de la costa. Participan hombres y mujeres.

Chin chin: sonaja de jícara que hacen los artesanos; lo usan los tejorones durante la danza.

Chipile: hierba comestible de flor amarilla que se da en el monte.

Cofradía: institución que combina el sentido del cristianismo, la vida social y las funciones políticas del pueblo.

Coloradito: mole hecho con chile guajillo rojo.

Comer seco: expresión que utilizan los niños cuando juegan al trompo.

Coni: guajolote.

Cotón: prenda de los varones color blanco, de manga larga y cuello redondo que cubre hasta la cintura.

Cuchi: puerco, cerdo.

D

Dañero: forma de decir que algo causa destrozos o daños.

Doble cola: refresco regional de cola.

Dzahuindanda: guerrero descendiente del Flechador del sol, fundador de la dinastía de Apoala.

E

Encierro: propiedad de tierra en la que se cultiva y se guardan los caballos, los burros o las reces.

Enviado: el encargado de todo lo relacionado con el matrimonio, se busca a alguien que conozca la tradición; hay un representante por cada familia.

F

Faja: cinta tejida con la que se detiene el pozahuanco de la cintura de las mujeres.

Fandango: danza y música que se acompaña de violín y caja. Lo bailan hombres y mujeres, principalmente adultos y ancianos.

Feo: expresión para denominar fuerte o malo.

G

Gasto: se refiere al desembolso que se hace para la celebración de un evento.

Guaje: vaina alargada con semillas tiernas que se comen crudas o se acompaña con frijoles hervidos.

Gueza: préstamo de artículos para la supervivencia social.

H

Hoja santa: en otras partes de Oaxaca le llaman Hierba Santa, es una hoja grande de color verde utilizada para sazonar la comida, tiene un sabor peculiar.

I

Itanduchi: tortilla a medio cocer que se remoja en salsa y se come con limón y sal.

J

Jícara: recipiente de guaje en forma de cazo que se utiliza para recoger agua, generalmente para bañarse.

M

Mandil: parte de la vestimenta de las mujeres que cubre el pecho, dejando la espalda desnuda; se amarra del cuello y de la cintura.

Material: palabra con que se designan las construcciones hechas con cemento, tabicón o ladrillo y varillas.

Moler: se refiere a remoler o repasar la masa en el metate para hacer las tortillas.

Música de cuerda: música de violines y guitarras que se toca generalmente en las bodas.

N

Nakumi chindoo: saludo en mixteco.

Nixtamal: maíz cocido o hervido con cal para hacer la masa.

Nochis: abreviación de Nochixtlán que se utiliza cotidianamente.

Nopalón o nopal gordo: es un nopal viejo y con mucha pulpa que se asa para hacer la salsa de nopal.

P

Pan corriente: pan hecho sin huevo, en forma redonda.

Pancla: trozos de azúcar morena de caña que tiene forma de cucurucho.

Piedritas de águila: piedra que se utiliza para ahuyentar el mal de ojo. Se cuelga a los bebés con una cinta roja.

Pipal, pipis: ver árbol del pipal.

Poza: pozo o manantial de agua. Hoyos de donde se saca el agua para beber, bañar y lavar; en algunos de ellos hay lavaderos.

Pozahuanco (che'e): pieza hecha en telar de cintura que usan las mujeres en lugar de falda. Es un enredo que cubre desde la cintura hasta el tobillo.

Q

Quesillo: queso Oaxaca o de hebra.

R

Rey: refresco de sabor que se consume en la región.

Rezadero: autoridad que participa en actos religiosos dirigiendo los rezos.

Rosario de hilo: rosario de cuentas de plástico ensartadas en un hilo color fucsia o amarillo que se utiliza en las bodas, los bautizos o las primeras comuniones.

S

Salsa: forma de llamar a los guisos hechos con tomate de cáscara y chile verde, que no es muy común que se haga.

Salsa de nopal: salsa de chile guajillo, ajo y sal a la que se agrega la pulpa del nopal gordo y se le pone cebolla picada.

Saltar: forma para indicar que alguien sale, aparece o llega.

Soplador: utensilio de palma en forma de rombo con un mango, se utiliza para atizar la leña. Parte de la constelación de la Osa menor a la que se atribuye forma de soplador.

Suchiti: pequeños ramilletes de flores y hojas que se reparten como recuerdo de la boda, parte de la tradición mixteca.

T

Tapesco: es la parte de la casa destinada a almacenar las mazorcas secas. Está situada debajo del techo de la casa y se hace anudando varios carrizos y sosteniendo esta plataforma con dos carrizos largos que van de pared a pared.

Tatamandones: grupo de ancianos que forma parte de la organización social y recibe especial respeto de la comunidad.

Tejorones: en mixteco significa mal vestido. Danza que se baila después de la fiesta de San Sebastián, durante el carnaval. Participan varios grupos de danzantes de los tres barrios, la mayoría varones. Se acompaña con música de violín y guitarra. Visten de traje sastre color oscuro, camisa, corbata, medias y zapatos. Portan una máscara, generalmente de madera, y un tocado de plumas en la cabeza.

TeleCOBAO: plantel del Colegio de Bachilleres de Oaxaca que imparte clases por televisión.

Tenate: canasto de palma que tiene un mecapal (cuerda tejida de palma) para atarlo en la frente o en los hombros.

Tequio: servicio que prestan los miembros de la comunidad al municipio, establecido por el sistema de usos y costumbres.

Tichindas: molusco comestible de agua dulce.

Tlacuache: animal mamífero parecido a la zarigüeya.

Topiles: ayudantes del municipio que participan en diversas actividades como la limpieza de la Presidencia Municipal y el jardín, así como en las actividades sociales y festivas, en las que se encargan de llevar mensajes o avisos.

Torito: estructura con forma de animal, generalmente de toro, con juegos de luces pirotécnicos. La gente lo carga y corre con él mientras los juegos se encienden.

Toritos: semilla envuelta en una cáscara hostil por sus duras espinas, la mayoría son pequeñas y sobresalen dos.

Tortilla de trigo: tortilla hecha con trigo que se cuece como si fuera nixtamal y se muele con un poco de maíz.

Trillar: manera de quitar la vaina al frijol. Se pone en un espacio plano y se le pega o se usa un burro amarrado a un palo que da vueltas pisando el frijol, algunas personas utilizan camionetas cuando es mucho frijol y se tiene un terreno grande.

V

Vico: comida que se sirve en las celebraciones de las mayordomías, por lo regular se da mole rojo con pollo, arroz y tortillas.

Vivi: significa bicho o insecto en mixteco.

Vida familiar en la Mixteca Oaxaqueña
se terminó de imprimir en noviembre de
1999, en los talleres de *Comunicación*
Gráfica y Representaciones P.J., S.A. de C.V.
Arroz #226, Col Sta. Isabel Industrial,
C.P. 09820, México, D.F.
Tels. 56 70 08 15 y 55 81 84 44,
e-mail: jaimes@mex1.uninet.net.mx
Los tipos utilizados son Paramount en
10/13.4, 20/13.4 y 25/30 puntos
y New Berolina en 20/24 y 30/36 puntos.
La edición consta de 500 ejemplares.



Centro de
Información y
Documentación

Alberto Beltrán



007213



INSTITUTO NACIONAL DE ANTHROPOLOGIA E HISTORIA

CONACULTA • INAH

DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURAS POPULARES
UNIDAD REGIONAL - HAKUJAN
ESCUELA NACIONAL DE ANTHROPOLOGIA E HISTORIA

PACMyC-1998